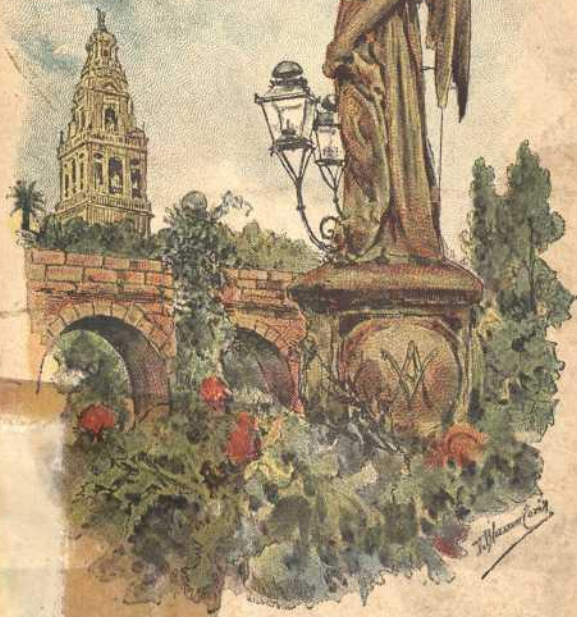


COLECCIÓN DIAMANTE

FRANCISCO ALCÁNTARA

M607

CÓRDOBA



7

TONIO LÓPEZ, EDITOR

RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA

7607

COLECCION DIAMANTE



56

COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

R. de Campoamor:

1. Doleras, 1.ª serie.
2. Doleras, 2.ª serie.
3. Humoradas y Cantares.
4. Pequeños poemas 1.ª serie
5. Pequeños poemas 2.ª serie
6. Pequeños poemas 3.ª serie
7. Colón, poema
8. Drama Universal, poema, 1.º tomo.
9. Drama Universal, 2.º tomo
10. El Licenciado Torraiba.
11. Poesías y Fábulas 1.ª serie
12. Poesías y Fábulas 2.ª serie
13. E. Pérez Escrich: Fortuna
14. A. Lasso de la Vega: Rayos de luz.
15. Federico Urrecha: Siguiendo al muerto.
16. A. P. Nieva: Los humildes
17. S. Rueda: El gusano de luz
18. Sinesio Delgado: Lluvia menuda.
19. C. Frontaura: Gente de Madrid.
20. M. Melgosa: Un viaje a los infiernos.
21. A. Sánchez Pérez: Botones de muestra.
22. J. M. Matheu: ¡Rataplan!
23. T. Guerrero: Gritos del alma.
24. T. Luceño: Romances y otros excesos.
25. L. Ruiz Contreras: Palabras y plumas.
26. R. Sepúlveda: Sol y sombra.
27. J. López Silva: Migajas.
28. F. Pi y Margall: Trabajos cortos.
29. Pardo Bazán: Arco iris, cuentos.
30. Rodríguez-Solis: La mujer, el hombre y el amor
31. M. Matoses (Corzuelo): ¡Aleluyas finas!
32. P. Bazán: Por la España pintoresca (viajes).
33. } A. Flores: Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35. J. Estremera: Fábulas.
36. P. Bazán: Novelas cortas.
37. E. Fernández Vaamonde: Cuentos amorosos.
38. Pardo Bazán: Hombres y mujeres de antaño.
39. J. de Burgos: Cuentos, cantares y chascarrillos
40. Pardo Bazán: Vida Contemporánea.
41. } Jacinto Labaila: Novelas íntimas.
42. }
43. Fr.ª Sarasate de Mena: Cuentos vascongados.
44. F. Pi y Margall: Diálogos y artículos.
45. Charles de Bernard: La caza de los amantes.
46. Eugenio Sué: La Condesa de Lagarde.
47. Rafael Altamira: Novelas y cuentos.
48. J. López Vaidemoro: La niña Araceli.
49. Rodrigo Soriano: Por esos mundos...
50. L. Taboada: Perfiles cómicos.
51. B. Pérez Galdós: La casa de Shakespeare.
52. J. Ortega Munilla: Fiñana.
53. F. Salazar: Algo de todo.
54. M. de Cavia: Cuentos en guerrilla.
- 55.—Pérez y González: Pacata minuta.
- 5.—F. Alcántara: Córdoba.

2 rs. tomo.



Frank Miantura



FRANCISCO ALGÁNTARA



CÓRDOBA

LA CORDOBESA. — LOS PATIOS DE CÓRDOBA

EL PATIO DE LOS NARANJOS

NOTAS ARTÍSTICAS É HISTÓRICAS



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERIA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20

A. López Robert, impresor, Asalto, 63,

CÓRDOBA



CÓRDOBA

Impresión

Exceptuando su incomparable mezquita, no tiene hoy Córdoba, como otras ciudades, el poder de deslumbrar á los viajeros que con

la gufa en la mano buscan donde gastar en fugaces exclamaciones la dosis de entusiasmo determinada en las páginas.

La blancura monótona del caserío de humilde y sencilla apariencia, nada revela de la vida interior; van á la mezquita, andorreaan un rato por aquel *bosque de columnas*, y tal vez molestados por el peso de las grandezas que evoca en medio del silencio de una ciudad como muerta, salen ansiosos de bullicio para ahuyentar la honda melancolfa que agobia el corazón, sin encontrarlo en parte alguna, porque la gente de Córdoba sólo se muestra bulliciosa en sus grandes fiestas. Sólo entonces, abandonando el hogar más arcáico de España, se desborda con cascabelero alborozo por las quintas y palacios de su sierra y huertas frondosísimas de su campiña, revelando el tesoro de sus mujeres vestidas de alegría, ricas de sabrosísima belleza y gracia,

siempre atenuadas por una mesura señoril de altiva castellana, y la bizarría única de sus ginetes con estampa de altivos conquistadores y donaire caballeresco nunca desmentido por descomposturas arlequinescas.

En los días de giras, que suelen ser casi todos los de grata temperatura en cualquier estación, circulan por el ambiente los antiguos genios árabes cantando al oído las bellezas del campo, las delicias del alma embriagada de luz y aromas y las promesas del amor más irresistibles, cuando asesta sus dardos desde las enramadas de naranjos, adelfas, limoneros, arrayanes y jazmines que se miran en las claras aguas de rebosantes albercas, en cuyo fondo de ovas habitan las náyades de ebúrneas formas. Nadie se resiste porque el corazón aletea como pájaro nuevo ansioso de surcar el espacio, por gozar de las pastoriles escenas del columpio pendiente de viejísimo

olivo, olmo venerable ó copudo nogal, de los compases lanzados al son de la guitarra, del concierto de fausto júbilo y estruendo, apenas mitigado por la presencia de aquellas mujeres cuyos blancos vestidos les dan el aspecto de aladas visiones mensageras de la felicidad.

Al viajero suele ofrecerse la ciudad desierta, silenciosa y algo esquiva, mucho más si se hospeda en una de esas fondas en que el frío espíritu cosmopolita, representado por un patrón extranjero y servidores sin patria, contribuye á borrar los más salientes rasgos locales. Así se comprende que viajeros tan expertos y sagaces como Edmundo Amicis pasen por Córdoba sin conocerla.

Córdoba es un poblachón aburrido, exclama al día siguiente de su llegada el viajero ansioso de fáciles y rápidas impresiones.

Está bien, vaya con Dios línea adelante con su gafa, gemelos, maleta y gorra de viaje,

admirables que tan burlescos tonos suelen comunicar á la extraña catadura de los turistas; mas el artista, el que como tal gusta de la vida gozada entre las ruinas de una gran historia, rodeado de comodidades, bajo un sol siempre espléndido, en compañía de gentes poseídas de una alegría plácida é igual, en gratísima región embellecida con todos los encantos de la naturaleza; ese, adivina pronto que el silencio de sus calles no es silencio de muerte. Pronto observa que en alguna parte debe refugiarse la poderosa vida que á pesar de su mesurada altivez revela el porte de sus habitantes. Descubre un hogar y todo se lo explica.

Manos frías, corazón caliente, dice un refrán, y glosándolo puede decirse de Córdoba, calles desiertas, casas pobladas, hogar rico de afectos; y si el viajero es algo observador y un tanto artista y despiertan su curiosidad

las añejas costumbres y gusta de observar rancieros y bellos usos que á despecho de la manía de novedades se conservan aun en todos los rincones de la patria como para estimularnos á que reconquistemos el carácter nacional, hallará bellos motivos de observación desde la temprana hora en que las campanas de iglesias, ermitas y conventos llaman á la rezadora multitud, tan abundante en España, hasta que el sueño le rinda; tendrá para cada hora del día una novedad; recorrerá las huertas, abundantísimas en todos los productos, donde una mezcla de cuidado y artístico desaliño hace compatibles los cultivos con el libre desarrollo de las arboledas que ofrecen todo el encanto de bosques incultos; los mil parajes de la sierra sonriente; visitará los cortijos de su feracísima campiña, donde legiones de agricultores patriarcalmente organizados labran los campos; se interesará por

multitud de ruinas y despojos de la más brillante y mágica de las historias; notará al cabo que la placidez del cielo y de los campos, como que mitiga alegrías y tristezas, placeres y dolores, infundiendo ese género de filosófica calma para gozar y sufrir, y conociendo bajo tan benéficas influencias lo grata que es la vida disfrutada en tan bello y abundante rincón del mundo, exclamará en su alma: ¡Córdoba, hay que hospedarse dentro de tus antiguos muros para conocer hasta qué punto es grata la existencia!

Las calles

Es difícil que exista una ciudad tan limpia como Córdoba. Las piedras de sus calles brillan como guijas recién lavadas en la ribera.

Cada cual puede explicarse como guste los motivos de que unas ciudades sean limpias y otras toleren una suciedad que viene á ser hasta característica; mas como no hay más remedio que admitir el hecho cuando se desarrolla á nuestros ojos, nadie que penetre en una ciudad como Córdoba, cuyas calles son

un estrado, cuyas paredes de crugiente blancura parecen rechazar hasta el intento de una mancha, dejará de meditar un instante sobre las causas de tan exagerada limpieza, y hallándolas ó nó, de admirarlas y bendecirlas como al saludable y estético placer de que son causa.

Virtud esta de la limpieza, de muchas comarcas de Andalucía, donde se hallan no solo ciudades sino hasta aldehuelas en que es como una luz del alma, todo lo purifica y ennoblece; en Córdoba se extrema como si el ser limpia una ciudad fuera la más alta y elocuente señal de civismo.

Es verdad que bajo aquella luz que todo lo revela, bajo aquel cielo del más intenso y profundo azul; en aquellos paisajes tan discretos en proporciones, que sin las desmesuradas montañas que en el Norte dan aspectos sublimemente aterradores á la naturaleza que

empequeñecen al hombre, sonrien siempre, hasta cuando los cielos despliegan sus más imponentes decoraciones; viene á ser la limpieza como una resultante del total aticismo de la naturaleza; cariñosísima madre del hombre á quien envuelve en purísimos y aromáticos aires desde que nace, infundiéndole el sentimiento de la armonía de sus paisajes sóbrios y cálidos y por consecuencia el vehemente deseo de contribuir en cuanto de la voluntad dependa á la sosegada y elocuente armonía que arrulla al alma desde el primer instante.

La costumbre de decir *¡el hombre!* siempre que nos referimos á las cosas humanas no debe tener tanta fuerza como para omitir en este caso el positivo origen de la iniciativa saludable en esto de la limpieza de la morisca ciudad.

Por las razones antedichas y por otras que

omito, el ser verdaderamente incompatible con la suciedad es la cordobesa.

Ella hace de su casa una concha de nácar, en la necesidad de dar á su hermosísima persona y á cuantos del sagrado y tibio calor de sus afectos viven ese aroma único de la limpieza; alíño de los placeres, ayuda del descanso, ángel vigilante de la salud y más clara señal exterior de humanidad. Es el hada que ahuyenta como la señal de la cruz á los malos al diablo de la suciedad, nube que oscurece toda alegría.

Su influencia se nota en el suelo de las calles, en las paredes, ventanas, miradores, visillos, cortinas y persianas, de modo que al bajar el transeunte sus ojos desde el límpido cielo, que con reclamo irresistible los llama siempre, no tiene más remedio que pensar que si la limpieza y nitidez del azul celeste es un resplandor de Dios, la de Córdoba es el

natural resplandor de sus mujeres, cuya soberanía proclaman desde ventanas y balcones las flores que son su símbolo y coronan rejas y azoteas, como si cada casa, rica ó humilde, fuera un edén que no pudiera contener sus vergeles.

Las calles de Córdoba, excepto las que se van modernizando con gusto tan gris como en cualquier parte, son por lo general estrechas y con frecuencia muy tortuosas.

Unas cuantas perspectivas ó manchas de color á manera de fugaces acuarelas, darán más clara idea de sus líneas, color y sabor local, que todas las puntualizadas descripciones, difíciles tal vez por no abundar esos detalles picantes que en Granada y Toledo, por ejemplo, constituyen por sí solos la fisonomía de cada calle; pues por efecto de la planicie en que se extiende, son escasos sus desniveles y el mayor encanto de Córdoba lo constituye

como un perfume de graciosa delicadeza, alegría y placidez que pasa inadvertido para aquellos á cuyo gusto se escapan las finas esencias.

Las cosas parlantes

En nuestras poblaciones abundan las calles, hay barrios enteros, donde no se ha construído ni una de estas casas modernas cuya fachada se reduce á series de agujeros más ó menos pretenciosamente decorados con angelones y molduras de escayola, ese afeitado de la prostituida arquitectura moderna.

¡Qué bien, qué á gusto andan ciertas gentes por esas calles donde las cosas antiguas son como interesantísimo libro abierto cuyas pá-

ginas se leen sin otro trabajo que el de mirar, con deleite parecido al que nos proporciona una música lejana, de la que no percibimos desafinaciones ni asperezas!

La historia ha dejado en los edificios construidos en épocas de gran riqueza y variedad de sentimientos huellas tan marcadas, que como en las modernas reproducciones en yeso que son á la plástica lo que la fotografía al claro oscuro, se notan todos los accidentes de una mano, un pié ó un seno y hasta la finísima red que une los poros de la piel; en esos edificios antiguos, chicos ó grandes, humildes ó soberbios, se ven las huellas vivas de los sentimientos de cada instante, exteriorizados con poderoso instinto práctico, en tiempos de tanta libertad artística que nadie podía sospechar la domesticidad bochornosa con que hoy nos sometemos á un figurín mezquino, embutiendo el cuerpo en pantalón y americana y

el alma en el molde de vulgaridades intelectuales é hipócritas y afeminados sentimientos.

Sí; las huellas vivas de la historia y hasta el sabor de esa grasa humana, que en el fondo del estilo de los grandes artistas constituye como la distinción más poderosa de la individualidad.

He creído notar siempre la impresión de un humor fluido y sutil especial, en lo que tiene de humor susceptible hasta de gustarse, por lo de sutil y fluido, como apropiado á las funciones del espíritu, en lo más íntimo del estilo de Cervantes por ejemplo; que me ha permitido distinguir sus períodos y hasta sus frases de las de otros escritores. Como si las sustancias que formaban el cuerpo, y las potencias que constituían el alma de aquel genio tan caballeresco, cristiano y español, tuviesen en su estilo un reflejo en que se compenetraran lo material y lo espiritual, en una cosa

excelentísima, que es tanto como sabor ó contacto grasiento y modo de espiritualidad.

Pues lo mismo me ocurre con los monumentos, sus especialidades y rarezas; signos inequívocos de la vida pasada, su misma vaguedad subministra el más grato entretenimiento á la imaginación, cuando no se pretenda que el concienzudo estudio proporcione certeros datos sobre costumbres y hábitos que tan poco interesaron en otros tiempos al historiador.

Entre las sensaciones de mi infancia cuyo recuerdo conservo vivo, figuran las especiales que me producían el contacto, el olor, color y dibujo de la mano de mi padre, cuando al salir de la escuela por mañana y tarde íbamos en tropel todos los hermanillos á besárselas. Su vigorosa aspereza, trabazón de músculos y el olor de la persona que la más esmerada limpieza no logra desterrar y solo adulteran

los perfumes, parecían á mi instinto consecuencia del carácter autoritario, de la energía increíble y de la vehemencia característica de mi padre.

Recuerdos análogos conservo de relaciones parecidas entre cada una de las personas de mi familia y su carácter, de las habitaciones y hasta de los muebles de la querida casa paterna, y cuando nuestras ciudades antiguas se ofrecieron á mis ojos con todo el interés del pasado, me pareció sentir y ver ante los edificios históricos multitud de cosas, todas dignas de estudio, todas sagradas, por revelarme en su aspecto, en su color y matices estrechísimas relaciones, cercano parentesco entre la vida que me anima y la que revelan exteriormente y acogieron en sus ámbitos, de los que nadie podrá desterrar los fantasmas de seres y cosas que parecen haber dejado tras sí un eco de sus huellas, de su voz, de

sus pasiones; un ambiente saturado de ese fluido sutil que jamás se desprende de donde se alberga la vida animal.

Hablan las cosas de todo lo que fué y de lo que es, en todos los tonos, con todas las palabras imaginables y á veces con ruidos tan suaves y vagos y de tan difícil interpretación como los del crepúsculo. Pero donde sus bocas tienen más encanto, donde el continuo incesante hablar más interesa, es en las calles solitarias de nuestras antiguas ciudades, en las que al palacio carcomido suceden las tapias de un jardín rebosante de añosos árboles que cubren las aceras de húmedas sombras; á éste una ermita por cuya claveteada y reluciente puerta han entrado y salido muchas generaciones con sus angustias, regocijos y dolores; á ésta el caserón de un hidalgo con su escudo en la clave, y así hasta terminar la tortuosa vía, plagada de reliquias en

cuyos entrantes y salientes producen los dorados rayos del sol efectos parecidos á los que se nos ofrecen al abrir un ratonado códice con las páginas sembradas de doradas iniciales, lamparones de vejez y caracteres ininteligibles.

.

LA CORDOBESA

LA CORDOBESA

Sobre Córdoba flamea el ardiente sol del Sahara. Sus torres, chapiteles y palmeras señorean las calmas abrasadoras de sus siestas con

Córdoba

2

el temblor que la inflamada atmósfera de Fez comunica á sus minaretes, con la movilidad que un hálito de rescoldo imprimiría en sutil encaje.

Córdoba sufre los rigores del frío que paraliza la savia y encarcela la vida vegetal en el inviolable seno de los gérmenes. Córdoba es como una aleación imposible del sol ecuatorial y el frío del bóreas, y comunica á cuanto en ella nace y vive el feliz equilibrio entre la regocijada y alegre vida meridional y la calma del Norte.

La cordobesa es un rayo de sol ardiente recogido en la fresca y pálida corola de una magnolia.

*
* *

Perdóname, Córdoba, si cuento á los extraños cómo eres en el misterio de tus hogares, cuyo cristiano espiritualismo brilla en el seno de la voluptuosidad oriental, importada por el beduino, que á las márgenes del Guadalquivir se olvidó del desierto y de sus tiendas, levantando alcázares y mezquitas con el propósito de que le sorprendiera en tu incomparable tierra la trompeta del Arcángel.

*
* *

No busquéis en Córdoba el tipo de la locuaz sevillana, cuya ingeniosísima, alegre é inagotable charla tiene la fuerza persuasiva que no

alcanzarían todos los oradores juntos, y la gracia fácil y espontánea de una niña con los encantos de esplendorosa belleza.

No busquéis el de la malagueña, que, comprendiendo en su persona todos los almíbares, posee una gracia agresiva, voluptuosidad que trastorna y subyuga, inspira miedo con su arrolladora sandunga, y se hace desear con sed hidrópica. Ni el tipo de la gaditana, cuya innata espiritual elegancia y aristocrática belleza, realzadas por las vaguedades que los horizontes marinos ponen en sus ojos, le dan apariencias de cálido sueño de un Fortuny ó azulada visión surgiendo del mar en una noche de luna.

*
* *

La heredada altivez es como aureola que circunda á toda cordobesa de raza. Tras de esa altivez se hallan en la intimidad dulzuras más exquisitas, cuanto más contenidas en los límites de un recato señorial impuesto por la alta estima de sí misma.

Las pasiones más ardientes, las galas de la imaginación, la gracia desbordante que alarma al hombre; cuantas manifestaciones prodigan la esencia de las mujeres meridionales en torno suyo, se hallan contenidas en la cordobesa por un género de orgullo imponente, despertador de caballeresco homenaje ante la altiva presencia de fuerte y sana organización femenina, dotada de escultural belleza.

Se puede vivir en Córdoba mucho tiempo sin conocer á sus más bellas mujeres. Sus casas, abiertas á los esplendores del cielo y al puro aire de los campos, gracias á los patios y jardines; tal vez restos de las costumbres

orientales de recogimiento casi absoluto de la mujer, ó el espíritu del refrán antiguo, *el buen paño, en el arca se vende*, que reside aún en los clásicos hogares cordobeses, pueden ser las causas de esa reclusión de la cordobesa. Dichoso si al pasar por su puerta la adivinas, tras de la cancela rodeada de flores en su encantado patio; pero esto no basta; ven, lector, conmigo.

*
* *

Es la hora en que, en las noches de Córdoba que justifican las hipérbolas de los poetas árabes, descienden de las serenas alturas pre-

ludios de apasionadas endechas, ráfagas de melancolía y anhelos de felicidad. La luna ilumina un cielo tan azul como el de pleno día, y los aromas esparcen por la refrescada atmósfera el gustoso letargo en que las mismas cosas inanimadas se bañan; hasta las columnas, coronadas de capiteles moriscos cuajados de finas labores de orfebrería, parecen temblar en sus claustrados patios bajo la acción de la enervante atmósfera en que las plantas se despliegan con desperezos de sueño.

Traspasemos la cancela, sorteemos las macetas de este patio, en el que se confunden con el ruido del surtidor de la fuente, los de lejana música y sonoras voces.

Tras del arco frontero por donde se desbordan los alegres ruidos, y sobre la viva luz que ilumina el segundo patio, á donde vamos, se destaca una de sus columnas, su capitel, y el airoso arranque de los arcos de herradura.

Gracias á lo invisible del pensamiento, con el que invadimos la patriarcal morada, podemos contemplar, sin temor de que la presencia real de extraños la altere ni interrumpa, esta íntima reunión de muchachas de rostros pálidos y ojos brillantes, agrupadas en torno del piano.

Todas son hermosas, pero esa que se levanta, la que se apodera de la guitarra reflejando su cara un instante en rancia cornucopia, es el tipo en que deseo que te fijes; alta, esbeltísima, entre morena y castaña, su exuberante y rica cabellera es como el símbolo de la abundancia de su hermosura.

El renuevo, el pimpollo que arranca del tronco yetusto de la oliva y se eleva entre poderosas ramas, no luce con tal sencillez su gallardía, como esta muchacha, para quien el amor de sus padres ha constituido la casa en misterioso templo. Su esbeltez delicada se

adorna con los sabrosísimos encantos que su inmaculada juventud debe al suelo más fértil, al cielo más puro, á las abruptas líneas y suaves lontananzas de los paisajes que rodean á la felicísima Córdoba.

Una sencillez casi aldeana da más relieve á su graciosa elegancia, ostentando en todo su cuerpo algo del libre brío de la cervatilla salvaje, en su rostro la vigorosa dulzura, arisca y aterciopelada á la vez, de las palomas. Oye sus cantares, atiende á sus graciosas palabras y donaires; verás en ella un compendio de cuanto espléndido, gracioso, regocijado y alegre existe en Andalucía. Pero lo más estimable en ella es el sello de intimidad que pone en todo, y dice claramente que tantas gracias no son para en público, que son para inundar de calor sagrado un hogar.

Allí, en el misterio de aquellos palacios y caserones, cuyo patriarcal régimen no han po-

dido alterar usos extraños, es donde se educan las cordobesas cuyo porte de reinas y clásica belleza encienden en amores à un bulto de piedra.

LOS PATIOS DE CORDOBA

LOS PATIOS DE CÓRDOBA

Las llanuras en que se hallan situadas Córdoba y Sevilla permitieron á los árabes reproducir en sus casas y palacios el primitivo plano de los orientales, que griegos y romanos

habían copiado con más ó menos fidelidad en sus moradas.

Desde que nos es conocida, gracias á las últimas excavaciones llevadas á cabo, la historia de la Caldea y de la Asiria, respecto de la cual las de griegos y romanos son de ayer; habiéndose aproximado á nosotros cuanto las remotas fechas de cinco mil años antes de Cristo, de que, según cálculos exactos, arrancan los tiempos históricos de la Caldea, las separan de aquellos remotos orígenes; se impone la evidencia de lo que como vago sentimiento, más que como probada verdad, se ve en los historiadores clásicos y en cuantos escritores modernos convirtieron sus ojos al Oriente, hacia donde *la fuerza de la sangre* parece que arrastró á los pensadores antes que documentos auténticos demostrasen que de aquella patria común de todas las razas parte la luz que ilumina nuestro espíritu.

Allí nacieron nuestros idiomas, religión y artes; de allí arribaron á las playas europeas; y cuantas veces Europa languidece de cansancio, ó por el agotamiento de sus ideales, el Oriente envía sus mesías y profetas, que, como Cristo, renuevan al hombre, inspirándole la más sublime idea de su destino y fin; ó, como Mahoma, después de unir bajo la bandera de un Dios único medio mundo perdido en las groserías paganas y fetiches, impone á Europa con la espada el sentimiento de su unidad.

Hoy nos revela el tesoro de sus libros sagrados, que las ruínas de las ciudades caldeas y asirias han guardado durante millares de años, y con ellos los apasionados arranques religiosos, las artes, la política, la navegación, el comercio, el lujo fulgurante, la vida triunfal de una humanidad de vigor y lozanía tales que á través de cincuenta siglos reaniman y confortan, porque el estruendo de una vida

material, de una animalidad robusta potentísima, exuberante y derrochadora, llega hasta nosotros como santificado por la más estrecha comunicación con lo divino, por la riquísima y perenne florescencia del sentimiento, que todo lo exalta y dignifica con una vívida y celestial luz que ciega nuestros débiles ojos, pero que á la vez reanima nuestros exangües corazones.

Para el armónico desarrollo de las regiones de la Península, á cuya prosperidad confía nuestro destino el triunfo de una España cien veces más grande que la del siglo XVI, conviene reconstituir la deslumbradora civilización árabe de Andalucía, base necesaria de su prosperidad, con los dispersos pero valiosos restos que se nos ofrecen en Córdoba, Sevilla y Granada; y esto no puede llevarse á cabo sin vulgarizar la tendencia orientalista moderna que ha de inspirar el criterio con que nues-

tras ruinas árabes deben estudiarse, para, mediante ellas, llegar al conocimiento de las artes y vida á que deben su existencia.

Desde los tiempos del asirio Sargon, cuyo palacio, según Place, es un verdadero modelo de construcciones orientales, la entrada de los alcázares la constituyeron dos fuertes torres para defensa de su puerta, pasada la cual grandes salas de eje perpendicular al central se extendían á izquierda y derecha; después el gran espacio cuadrangular y enjardinado; el patio, rodeado de enclaustrados y de salas, y una continuación de patios y habitaciones en torno de ellos, siempre en dirección del eje central, levantando sobre los almenados muros cúpulas semiesféricas y parecidas á las que hoy usan los rusos. Cuando en el siglo VII de nuestra era se desbordaron los árabes por la Mesopotamia, Asiria, Persia y Palestina, donde durante tantos siglos, y sostenidas por su-

cesivas y ricas civilizaciones, florecieron las artes de construir, se encontraron de estos palacios en Hira, Botsra, Fadmur (Palmira,) Medain, Damasco, Homs, Laodicea, Alepo, Antioquía, Kufa, Basora, Jerusalém, Teherán y otras muchas ciudades capitales de antiguos imperios.

Tal vez agregaron ellos sistemáticamente al plano de la antigua casa oriental, reproducida no sólo por los griegos, sino también por los romanos, como lo demuestran las ruínas descubiertas en Pompeya y Herculano, la por excelencia misteriosa estancia árabe, una especie de ciudadela de amplias y majestuosas proporciones que levantaron en lo más hondo de sus alcázares dominando todas las construcciones, coronadas con profusión de cúpulas y minaretes, y reflejando su elegante y austera fachada en dilatados estanques cercados de jardines.

Los palacios mudejares que casi en ruínas

se conservan en Córdoba, y en mejor estado en algunas ciudades de su provincia y otras de las restantes de Andalucía, ofrecen los rasgos generales de los de Oriente, si se exceptúan las cúpulas y minaretes, que el renacimiento y severo gusto castellano rechazaron.

En las casas particulares sustituyeron los árabes las torres que constituían la entrada de sus alcázares, y el recinto en que podía someterse á la más severa fiscalización á cuantos hubieran de penetrar en el interior, con el zaguán, una como sala neutral entre la calle y la casa, manifestación del espíritu hospitalario y receloso á la vez del Oriente, que ofrece al que llama á la puerta lugar á cubierto de la intemperie, y en el que puede ser observado al través de una mira por el que ha de optar entre franquearle la entrada ó evitar toda comunicación que no sea la de ponerse un momento al habla.

De la grata impresión que produce el zaguan árabe podrá juzgar todo el que la compare con la sentida al llamar á una de esas casas que abundan en Aragón, parte de Castilla la Vieja y NO. de España, de austerísima fachada y cerrada puerta, cuyos aldabones, si los tiene, son la señal única de que sus habitantes esperan la posibilidad de que alguien llame á sus puertas, ferradas con gruesísimos clavos. Sobre el severo vano adovelado se abre una ventana que recuerda la barbacana, desde la cual lanzan como hostil saeta el *¿Quién vive?* del castillo más que la hospitalaria salutación de bienvenida.

Frente á la puerta de entrada, en el fondo del zaguán, se halla la en que llama el visitante, y consiste hoy, en Andalucía, en una cancela labrada que permite ver desde la calle el jardín del patio, á cuyo enclaustrado se pasa inmediatamente. En Castilla, donde tantos

usos árabes se recibieron con las industrias de aquel cultísimo pueblo, esta segunda puerta, como en muchas casas de Andalucía, no se abre á las miradas del transeunte, y así debía ser en tiempo de los árabes, dados sus hábitos de reserva.

El patio es el lugar abierto al cielo, á la luz y á los vientos, donde fuentes y plantas purifican y sanean la atmósfera de la casa en torno suyo edificada. El jardín, en que la familia más modesta puede disfrutar del fortalecedor contacto de la atmósfera, y donde siempre sonríe para el atareado ciudadano algo de campesina alegría, es cuadrilongo, generalmente de dos pisos. En las pocas casas árabes ó mujejares que quedan, sólo tiene arcadas á izquierda y derecha, presentando frente á la puerta de entrada un elevado muro, tras del que se ocultaba el misterio del hogar. En este caso, sólo á los enclaustrados de las cabeceras

dan las puertas de las salas que comunican con las restantes dependencias de la casa; pero en la mayoría de las construídas después de desaparecer los alarifes mudejares, el patio tiene enclaustrados por sus cuatro lados cuando debe su traza á artistas del renacimiento, por tres, dos ó uno, según los medios del que edificó y la mayor ó menor pureza con que se conservaron los recuerdos árabes y mudejares.

El patio de Córdoba es como un viejo pergamino en cuyos gastados y borrosos caracteres pudieran descifrarse muchos de los secretos de la vida de los árabes españoles, basada en una sabiduría y prosperidad que debemos reconstituir, porque se acomodan á las condiciones climatológicas y étnicas del país, que aquel sabio pueblo tuvo en cuenta para constituir la. Es el que más conserva el sello clásico de la casa oriental; pues, á causa de la

larga decadencia de Córdoba, no han sido tan grandes como en Sevilla ó Granada las alteraciones sufridas por los edificios antiguos. No abundan en los patios de Córdoba las galerías de mármoles como en los de Sevilla, ni la profusión de muebles y baratijas modernos, que tanto desdican de la severidad arquitectónica. Reparaciones torpes han suprimido pilastriformes, adornado con filetes y molduras las severas archivoltas, ó coronado con extrañas cornisas las arquerías; pero el capitel, que es el que más carácter imprime, y cuya sustitución es tan difícil, conserva en sus numerosas variedades las huellas del gusto de los siglos bárbaros que precedieron á la dominación árabe y los progresos que bajo la influencia del bizantino realizaron en construcciones como la de los palacios de Medina Azahra y otros. El piso de los antiguos patios de Córdoba se halla generalmente, empedrado de finas guijas,

á cuadros de distintos matices, y, bañadas en un ambiente de vetustez venerabilísima, muestran á la radiante luz vejez tan sagradas como esos escudos bordados en las antiguas gloriosas banderas, cien veces hinchadas por el viento de las victorias, saturado con el vapor de nuestra sangre.

Durante los crepúsculos y las noches el patio es el lugar sagrado donde la poesía crea los ensueños que, aposentándose en el corazón, comunican la nostalgia del vago y brillante mundo por que suspiran en sus cantares aquellas mujeres poseedoras del secreto de una instantánea seducción.

En el crepúsculo de la mañana, cuando la atmósfera, despejada de los fantasmas de la noche, vibra con las radiaciones de la purísima y dorada luz del alba, estremecida por un como hálito seráfico que espiritualiza desde el remoto azul de los cielos hasta el color de las

fragantes flores, las tintas de los muros, las penumbras de los batientes de aleros, arcos y frondas, los vagos perfumes de azahares y rosas, los matutinos rumores de la ciudad, que, fundidos en el diapasón que da el canto eterno del Guadalquivir, ora se individualizan como variaciones de un motivo, ó se funden acariciando el alma con esas voces que toma la esperanza cuando insinúa cosas inefables; el patio, para las almas que se sienten hermanas de las cosas y perciben los diálogos de lo invisible, es como un espacio sonoro donde se repiten los ecos del himno que entona la creación en los dos más solemnes momentos del día.

La siesta, la hora de la siesta en el entoldado patio; cuando, bajo la sensación del asfixiante calor que abrasa las campiñas, se baña el cuerpo con delicia en la fresca, húmeda y callada sombra, henchida de cuchicheos sen-

suales, cayendo en una somnolencia letárgica de que sólo se eximen la imaginación y sus servidores los nervios, que escudriñan y acarician hasta los pétalos de la flor más oculta; penetran en el jugoso tallo del plátano y acaricia como arco de violín las esbeltas curvaturas de sus hojas; absorben la luz en las gotas de agua posadas sobre los geranios; se extienden como vaho por el húmedo empedrado y visitan en sus barrocos escondrijos á los microscópicos habitantes alojados entre guijas; piquetean con los peces en la trasparente linfa de la fuente; se asoman al surtidor, cuya fuerza, mitigada por el génio de la siesta, apenas llega á mantener sobre los bordes del caño vertical el segmento esférico que produjo un último impulso del manantial refrenado; llevando, en fin, al alma, replegada en el cuerpo indolente, por una difusión del tacto, cuanto puede hacer sabrosa su languidez,

es como un trasunto del mágico edén oriental.

Durante el crepúsculo de la tarde, el patio, como en la mañana, descorre, harto de sueño, su párpado, abriéndose al cielo, con cuyos aires arriban á sus rincones los melancólicos ruidos de la tarde, preludio de aquellas noches de Andalucía tan serenas é impregnadas de divinos ensueños, que provocan aquel estado de ánimo de los poetas y magos caldeos en el que la vida es como un éxtasis, mediante el cual el alma descifra todos los misterios: los del infinito, poblado de mundos brillantes y animados, cuyas luces vibran con las grandiosas cadencias de un himno; los que revelan la unidad del gran todo, en el que penetran nuestra carne y nuestro espíritu, sintiéndose hermanos del astro y del insecto; del éter y del cieno; y el supremo misterio, el del amor, que como ley de la vida florece en el alma con toda su infinita grandeza siempre que siente

en el majestuoso silencio de la noche la fuerza que todo lo impulsa, obligándole á proclamar que amar es vivir, es confesar á Dios, poniendo la voluntad y la vida en la obra de la perenne juventud que se levanta, verdadera ungida del Señor, sobre las ruinas y cenizas de la muerte.

CORDOBA

EL PATIO DE LOS NARANJOS

CORDON

EL PAIS DE LOS HERANOS

CÓRDOBA

El Patio de los Naranjos

El patio de los naranjos es el atrio de la gran mezquita de Abd-el-Raman y Almanzor. Constituyen atrio y mezquita un rectángulo

de cerca de doscientos metros de Norte á Sur, y unos ciento cuarenta de ancho. Hállanse apriionados ambos amplísimos espacios por fortísima muralla de más de seiscientos metros, defendida con torres albarranas, cuyas endentadas almenas, del más puro corte asirio, proclaman en estos días de decrepitud y cansada civilización la sencillez del arte primitivo caldeo. Más de seis mil años de existencia no han quitado á tan sencillo elemento decorativo un átomo del misterioso interés con que los ángulos de estas almenas endentadas se destacan sobre los cielos meridionales y en su atmósfera caldeada y palpitante.

La mezquita es una maravilla que poseemos y por eso no estimamos cuanto merece. Al arte oriental debe su planta y su mágico desarrollo, especie de vegetación creada con el jugo de la fantasía siempre ardiente de los pueblos nómadas que cuando dejan las tiendas no se

contentan con menos que Medina Azabra, la Alhambra y demás maravillosos delirios de arquitectura que aun existen en Oriente y en España. Los canónigos cordobeses, que contra la opinión de todos erigieron en su centro un templo cristiano, fueron los primeros eclécticos en arte, iniciaron la serie de aproximaciones del espíritu oriental y occidental que en la moderna conciencia cristiana se funden, pues que vivimos como positivos romanos y sentimos con la amplitud y fraternal calor del divino Nazareno. Hoy, el órgano cristiano que en Burgos y Toledo infundió en los pechos de nuestros guerreros el valor con que rechazaron las devastadoras legiones mahometanas, inspira á Mateo Inurria que acurrucado en un ajimez, suspendido bajo las bóvedas incrustadas, ó á lo largo de muros cuajados de ataurique, va devolviendo con sagaz espíritu todo su prestigio oriental al incomparable monu-

mento en cuyo espacio se confunden muchas antitéticas grandezas. La arquitectura árabe y la cristiana. El sensualismo oriental y el occidental, ó sea el Renacimiento.

Para tal templo, átrio tan magnífico como el patio de los naranjos, de ciento treinta y cinco metros de longitud y unos setenta de ancho. A su costado Sur afluyen las diez y nueve amplísimas naves que de Norte á Sur forman la mezquita. Los otros tres ofrecen al público bellísimos claustros, cuyos elegantes arcos, peraltados, se hallan sostenidos por columnas de la misma clase y procedencia que las de la mezquita. Desde una de las puertas exteriores, la de Santa Catalina, disfrútase de la vista del amplio paseo cuadrangular, empedrado con finas guijas, que rodea los tres jardines en que se halla dividido; de la frondosidad de los naranjos que purifican y embalsaman el ambiente; del encanto que prestan á sus perspectivas

las palmeras y las fuentes. La torre, aunque elegante, no hermana con el resto del monumento. El alminar, al que substituyó, era una maravilla de construcción, obra de Au-Nasir, y célebre en el mundo por su extraordinaria altura y el carácter árabe de su ornamentación.

El patio de los naranjos es uno de esos lugares sonoros de nuestras patriarcales ciudades agrícolas en que repercuten todos los ecos suaves y vagos que permiten como asistir sin molestias á la vida de toda la ciudad. El ruido del río, estrellando sus aguas sobre los machones del grandioso puente romano y sobre las monumentales presas de los molinos árabes, es el bordón sobre cuya gravedad se destacan los ecos agudos y errantes de la lejana locomotora, las cornetas del regimiento en maniobras, la esquila del convento que llama con locas prisas á los beatos, los plañideros é historiadados pregones de vendedores ambulantes, el

estruendo del asueto de escolares vecinos, los ladridos de perros guardianes en las lejanas huertas y cien ruidos débiles, pero claros, que llegan á los oídos como un secreto. Los canónigos y señores de la ciudad pasean por unos ú otros andenes, según la estación. Los mendigos, de esos que como el toledano que dibujó Valeriano Bequer para *La Ilustración Española*, llevan sus andrajos con tal altivo porte como un gran duque de Medina Sidonia su capa y sus veneras, toman el sol ó la sombra hablando de sus mocedades, bravezas y sucedidos como si fuesen banqueros, en el castellano más rico que se habla en la Península y con mímica mesurada, pero rica y expresiva. Muchachas de fresca hermosura y gentilísima gracia, de las que abundan en Córdoba en todas las clases, cruzan exhalando sus voces de una claridad infantil encantadora ó esperan vez en el chorro del olivo para llevar

á sus casas la salud con el agua de Abd-el-Raman; los muchachos chillan, las viejas pregonan sus arropias, los gorriones llueven sus granizadas de pidos sobre los tranquilos ámbitos, y allá en las alturas del San Rafael que corona la torre gritan las aguilillas, sin que ninguno de estos ruidos perturbe ni destierre de alma y cuerpo el amor á la paz bendita que se respira y á la higiénica sensación de una vida sana y robusta que lentamente le penetra á uno por todos los poros.

Los domingos se engalana la ciudad. Millares de campanas atruenan el espacio y al zumbido de las de la torre, que parece preñada de ecos, desfila por el patio de los naranjos y sus claustros la juventud ébria con su gloriosa preminencia.

Los cordobeses gozan de estas venturas casi sin verlas ni notarlas, pero hay que ver el aspecto extático de los extranjeros ante las ma-

ravillas de la mezquita ó cuando vagan por el patio de los naranjos, recreándose en aquella luz única, en aquel espacio azul, donde todo tiembla, aletea, guiña y exhala, habla y ríe con juventud perenne bajo la acción de un sol, poderosísimo amante y excitante eterno.

El orientalismo de Córdoba es como más patriarcal que el de Sevilla; en él se encontrará muy bien hallado á su vuelta para Africa el embajador marroquí, Sidi-el-Hach-Abdel-Kerin Brisha, nuestro huésped. En él, y bajo la acción del sol, del montilla, de la naranja y aceituna, y sobre el suelo más fértil de España, se desarrolla la vida con la riqueza y variedad que caben entre las dulzuras de los versos de Grilo y la legendaria figura de *Lagartijo*, personificación la más acabada de la gracia varonil y del valor sereno.

Ciudades que por su población, monumentos y porte aristocrático tienen más importan-

cia que muchas capitales de provincias, forman á Córdoba como un cortejo de riqueza sorprendente aún hoy que la agricultura atraviesa por aguda crisis. Estas son Montilla, Cabra, Lucena, Priego, Aguilar, Bujalance, Baena, Montoro, tan ricas en timbres como en granos, vinos, frutas y ganados.

En una sola cosa debieran pensar constantemente los cordobeses hasta que consigan alcanzarla: en la canalización del Guadalquivir hasta Sevilla para dar fácil y barata salida al mar á estos productos y á los de su riquísima región minera de Sierra Morena; y la verdad es que pensar en algo, sería en Córdoba algo así como un medio de diversión en la inalterable tranquilidad de su existencia.

Febrero de 1895.

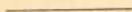
NOTAS ARTÍSTICAS

É

HISTÓRICAS



SALAMANCA



SALAMANCA

Plaza de las Escuelas Menores

Si España no hubiese dado tantas pruebas de vitalidad durante este siglo, desde aquella primera con que afirmó para siempre su in-

dependencia hasta ofrecer hoy el espectáculo de un pueblo libre que sabe encaminar sus esfuerzos en pos del ideal de paz, trabajo y prosperidad que persigue; tal vez sería hasta imprudente ocuparse con frecuencia en ensalzar los testimonios de la incomparable grandeza de nuestra historia, enumerando la riqueza ilimitada de esos monumentos que albergaron á nuestros padres, y que proclaman con su magnificencia la cultura y el poder incontrastables de que supieron hacer metrópoli á esta sagrada tierra de España. Sería peligroso dar á cada momento la medida de nuestra pequeñez actual, al compararla con nuestra pasada grandeza, si no se mostrara esta generosa raza digna de su pasado, sufriendo con serenidad tan estoica y vigor tan grande las diarias desdichas que traen los tiempos. No pagará la historia mañana con menor admiración las pruebas de ánimo invicto dadas por

la España pobre y combatida de hoy, que la que consagra á la España grande y triunfante de ayer.

Pobres y á pesar de nuestra agricultura, industria, comercio, navegación, nuestra riqueza y poder son escasos, como revela bien claramente el caserío moderno, mezquino y antiartístico que nos alberga, podemos ensalzar los monumentos que albergaron á la España grande y temida, y los estudiamos además para infundir en el espíritu nuevo, bastante desorientado todavía, el instinto nacional artístico, y día llegará en que, mediante estas inclinaciones, la patria reconquiste su arte, como conquistó su independencia y su libertad. Si tienen ó no importancia las cuestiones artísticas díganlo cuantos ven con pena que se hacen templos á la francesa, edificios públicos á la alemana, monumentos á la diabólica, irrisiones de piedra, pruebas lamentables de una

criminal ignorancia del arte nacional y señalan las más evidentes de decadencia.

¡Salamanca! Parece mentira que esa imitación y decadencia se perpetúen existiendo en nuestro suelo ciudades que ofrecen modelos tan españoles como los que atesora esa preciosa ciudad. La catedral vieja bizantina con su cúpula oriental; la nueva catedral paterescas y gótica de Gil de Ontañón, el fecundísimo artista autor de la fachada de la Universidad de Alcalá, de la catedral de Segovia y otros muchos monumentos; la parroquia de San Martín; la de Santiespíritu; el peregrino convento de Santo Domingo; el de San Esteban con su fastuoso claustro; la iglesia de la Compañía; el Colegio Viejo; el Colegio del Arzobispo con su regio patio; el grandioso convento de las Calatravas; veintitres parroquias más, de antigüedad remota casi todas y singular mérito artístico; cerca de treinta conventos

abandonados y en distinto estado de ruina, doce ocupados por religiosas; multitud de casas solariegas como la de las Conchas; palacios como el incomparable del conde de Monterrey, góticos ó del Renacimiento; torres, fortalezas como la del Clavero, y por toda la ciudad, esparcidas con profusión inacabable, pruebas á cual mas peregrinas del buen gusto de nuestros artistas en ajimeces de todos los estilos, balcones platerescos, puertas y ventanas con las galas de todos los estilos, en la peregrina, libre y atrevida confusión de que solo fueron capaces los originalísimos arquitectos españoles de otros tiempos.

Pero con ser todo lo enumerado tan grande en Salamanca, lo más grande y bello es su Universidad. Así como las ciencias y cultura de Toledo tienen un carácter cosmopolita y extraño, las ciencias y cultura de Salamanca reciben el espíritu nacional, que desde las

montañas donde se inició la reconquista fué creciendo, hizo estación en Palencia y se condensó en Salamanca, en su Universidad fundada por Alfonso IX de León y engrandecida por Fernando III.

Llegó á contar por término medio unos nueve mil estudiantes, y en 1569 tenía setenta cátedras. Siete de teología, diez de cánones, diez de leyes, siete de medicina, once de filosofía, una de música, una de astrología, una de lengua caldea, una de hebreo, cuatro de griego y diecisiete de gramática y retórica.

Hubo estudiantes de todas las naciones, y principalmente ingleses é irlandeses católicos.

Allí explicaron hombres tan insignes como fray Luís de León, Melchor Cano, Nebrija, fray Domingo de Soto, El Brocense, Covarrubias y otros. Estudiaron los Santos Juan de Sahagún, Tomás de Villanueva, Juan de la Cruz, Toribio de Mogrovejo, Pedro Bautista, Beato Juan de Ribera.... los fundadores, políticos, guerreros, escritores Diego de Anaya, Jiménez de

Cisneros, Hurtado de Mendoza, Bartolomé de las Casas, Zurita, Nicolás Antonio, Ambrosio de Morales, Hernán Cortés, Arias Montano, Saavedra Fajardo, Cervantes, Meléndez Valdés, Villegas, Jovellanos, Quintana y otros muchos hombres ilustres. Era la universidad española que competía en concurso y fama con las de París, Oxford, Bolonia y Lovaina, y según Carlos I, *el tesoro de donde proveía á sus reinos de gobierno y de justicia*.

Un barrio de Salamanca compuesto de suntuosísimos edificios albergaba la grandeza de su Universidad; la Universidad propiamente dicha, construida por los Reyes Católicos, que es una maravilla del Renacimiento. Las Escuelas Menores, de estilo plateresco, y el Hospital de Santo Tomás para asistencia de estudiantes pobres. Los colegios incorporados, cuatro mayores, cuatro militares de las respectivas órdenes, veintiún menores y dos seminarios.

En medio de la plaza de las Escuelas Menores, dando frente á la fachada de la Universidad, se eleva la estatua de Fray Luis de León, erigida el año 1868. Los restos de este varón insigne, hallados poco antes en las ruinas de su convento de San Agustín, demolido á pesar de la protesta de muchos amantes de las artes españolas, se salvaron de la destrucción por una casualidad.

¡Salamanca! ¡Cuándo llegará el día en que se inclinen los corazones hacia el tesoro de inspiraciones patrias que atesoras! Volverá; ser españoles, reingresar en nuestra gloriosa casta debe ser el ideal de nuestra juventud y á esto pueden contribuir los artistas, inspirándose en nuestros monumentos para crear el arte nacional moderno.

Marzo de 1895.

VALLADOLID

VALLADOLID

La Universidad

Valladolid, como la mayoría de las villas, ciudades y aldeas de naciones como España, cuya historia arranca de los oscuros orígenes

de la civilización, fué siempre uno de esos lugares en que los hombres se congregaron á impulsos de la necesidad de tratarse y ayudarse, donde el amor y el odio, las más sublimes y bajas pasiones, mantuvieron viva esa especie de combustión moral que crea, desarrolla y afirma los sentimientos, ideas é intereses cuyo conjunto forma la historia.

Aldeas existen en España cuyos nombres figuran ya en los libros de geógrafos ó historiadores latinos, que sin crecer ni menguar visiblemente, han llegado á nuestros días y llegarán á la consumación, en virtud de lazos más fuertes que el hierro, de los lazos del amor inquebrantable que unen aquí las gentes á su terruño. Esas aldeas seguirán sin menguar ni crecer, viendo en su altiva humildad hundirse cien veces en la nada ciudades como las que por arte de magia levantan en América y Oceanía las ambiciones y apetitos babilónicos

del comercio moderno, y casi todas poseen una historia moral gloriosísima, con cuyas sobras se envanecerían esos pueblos nuevos.

Y si tantos lugares y aldeas de la antiquísima España se ofrecen al historiador con el interés que les prestaron sus hijos ilustres, los hechos memorables en que influyeron y de que fueron teatro y la majestad de los siglos, ¿qué diremos de ciudades como Valladolid, centro á donde converge la vida nacional desde que la monarquía de Oviedo y León se lanza segura de sus fuerzas al través de las llanuras castellanas?

La muerte de Almanzor y el aniquilamiento del califato de Córdoba al fin del siglo x facilitaron el acrecentamiento del poder cristiano, que á mediados del xi pudo consumir la posesión de las llanuras castellanas.

En 1034 fué repoblada Palencia. En 1102 Salamanca, por el mismo tiempo Zamora y en

1170 Ciudad Rodrigo. Valladolid tuvo su campador en el conde Per Ansúrez, que la poseía en tiempo de Alfonso VI y la engrandeció con fundaciones y monumentos. En 1231 pasó al dominio de la corona, y desde entonces comenzó á influir notablemente sobre las comarcas vecinas, siendo predilecta residencia de los reyes castellanos, centro de la monarquía en períodos de grandes tristezas y de gloria, cuyas vicisitudes compartieron con ella Peñafiel, Olmedo, Medina del Campo, Simancas, Tordesillas, Villalar, Medina de Rioseco, ciudades, villas y aldeas que conservan casi intacto el imponente y monumental aspecto con que desempeñaron su importantísimo papel en los azarosos períodos de la formación de nuestra nacionalidad.

Al arte bizantino, que por entonces florecía, se deben la incomparable catedral de Zamora, las de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Toro y la

de Valladolid, destruída para erigir la de Herrera. Las colegiatas, parroquias é iglesias de Dueñas, Carrión, Aguilar de Campoó, Benavente, Arroyo, Villamuriel, Fromista. Conventos como el de los Templarios de Villalcazar de Sirga y otros. Monasterios como el de Aguilar de Campoó y multitud de ermitas, abadías y prioratos que han llegado hasta nuestros días y hacen á esta región de España la más monumental é interesante, en la que no existe aldea que no haya albergado á la corte en aquellos férreos tiempos, ni castillo que no haya resistido sitios y asaltos de la morisma primero y de los bandos civiles después, custodiado á prisioneros de calidad ú hospedado á príncipes y reyes, ni paraje cuyo nombre falte en las crónicas del tiempo, figurando después como apellido de los héroes que llenaron el mundo con sus hazañas ó como título de las casas cuya grandeza rivalizó con la del tro-

no, aún en los días de los Reyes Católicos.

Como centro de esta comarca en donde el idioma, la religión, el arte, la guerra, política é industria nacionales se fraguaban recibiendo el característico sello de su grandiosa austeridad, continuó siendo Valladolid teatro de las tristes minorías de Fernando IV y Alfonso XI, entre cuyas sombras brilla el alma incomparable de D.^a María de Molina, del brillante reinado de D. Juan II y de la gloria de los Reyes Católicos. Soportó las revueltas de las comunidades, acrecentó su poder é importancia en los reinados de Carlos I y Felipe II y aunque por corto plazo fué corte de España en tiempo de Felipe III.

Lugar en donde nuestras más gloriosas memorias dejaron para siempre sus huellas; si la buena sangre y los timbres que más honran á la humanidad son garantías de porvenir, la nobilísima capital de Castilla tiénelo asegurado

porque lejos de entregarse á la perezosa contemplación de sus pasadas grandezas, entiende que el trabajo es el único camino para la salud y prosperidad de los pueblos; marchando hoy como antes al frente de su comarca en el cultivo de la agricultura, aplicaciones de la industria moderna y estudios científicos y artísticos.

Mucho sufrió durante la guerra de la Independencia en su riqueza y monumentos; pero los 30,000 habitantes con que ha acrecentado su población durante los últimos cuarenta años, dan idea de la rapidez con que se ha repuesto de aquellos desastres y los que les sucedieron.

Hoy conserva su importancia monumental en edificios como Santa María la Antigua, inestimable joya fundada en 1088 por el conde Per Ansurez. El magnífico é imponente San Benito, que conserva la grandiosa robustez del primitivo alcázar cuyo lugar ocupa. El convento

de San Agustín El de San Pablo, maravilla del arte gótico, tesoro de recuerdos desde los tiempos de D. Juan II hasta los del cardenal duque de Lerma, su restaurador. El colegio de San Gregorio, que patentiza la influencia del gusto mamelino portugués. El convento de la Magdalena. La iglesia de las Angustias. La catedral, de Herrera. El colegio de Santa Cruz. La Audiencia, antiguo palacio real. La casa Ayuntamiento. La Universidad, institución trasladada de Palencia á Valladolid por San Fernando, de churrigueresca fachada, fuerte y sólida, donde aparecen como elementos de decoración las estatuas de sus fundadores y protectores. Muchas interesantes iglesias, palacios y casas solariegas y gran número de edificios descuidados ó en ruínas. La plaza Mayor, que como gran número de espaciosas y largas calles, conserva los soportales, bajo los que se cobija lo más importante del comercio, y la multitud

de detalles arquitectónicos que enriquecen á todas nuestras ciudades antiguas.

Figura al frente de las obras que han modernizado á Valladolid el teatro de Calderón, tal vez el más grandioso de España; los barrios modernos construídos donde existían antiguos arrabales, y obras de embellecimiento y policía como grandes paseos, adoquinado de calles y otras que dan á la ciudad, alegrada por la corriente del Pisuerga, saneada y embellecida por sus alamedas, huertas y plantaciones, el riente aspecto de población moderna.

En el viejo solar castellano de las crónicas en que se agita con ardentísima vida la raza combatiente; de entre el polvo apenas aplacado de tantas batallas y ruínas; misterioso y gentil como las orientales cúpulas que coronan los templos de Zamora y Salamanca; prolijo y afligranado como los pórticos bizantinos de las basílicas é iglesias castellanas; sintiendo en sus venas la altivez española de un Cid ó un Per Ansurez y la religión de sus progenitores, melancólico como sus ruínas, nació en Castilla el poeta, el genio que había de inocular en el espíritu de la España nueva la leyenda antigua. Gloriosa leyenda de heroicos padres que agiganta á los hijos y los sella con la marca de raza. Nació Zorrilla y dotó al idioma más elocuente de elocuencia nueva y divina, de rramada de sus augustos labios por toda la redondez de la tierra, y ahora, del Ayuntamiento de la misma Valladolid parte en pago

de tanta honra un ridículo saetazo contra el sol de su gloria.

Pecado tan ruín que ni nombre tiene y de que el pueblo castellano y su prensa sabrán lavarse.

Abril de 1895.

TOLEDO

TOLEDO

Rodea el Tajo á Toledo en dos tercios de su perímetro, de modo que la rocosa montaña sobre que se levanta forma como una gran pe-

nínsula. De las orillas, donde existen tenerías y molinos, arrancan agrias y casi inaccesibles pendientes, sobre las cuales se contemplan intactas por muchos puntos las murallas y torreones, que además de su elevada situación hacían inexpugnable á Toledo.

En el fondo se ven las ruinas del antiguo castillo de San Servando, que constituyen una de las más venerables reliquias de nuestra historia. Edificólo Alfonso VI y en tiempo del VII de este nombre, siendo Alvar Fáña de Minaya caudillo de la ciudad, resistió largo asedio del ejército de Aben-Jusuf y otros después, defendido por los caballeros templarios, pero lo venció el tiempo, que apenas ha dejado intacta una de sus puertas formada por elegantísimo arco de herradura, tan bellamente trazado, que es digno de figurar en un museo.

A la izquierda se ve la ciudad. La ciudad de Toledo, situada en el centro de la gran médu-

la castellana de la cultura y nación españolas, que de mar á mar atraviesa la Península, desde Santander, Burgos, Palencia, Valladolid, Segovia, Avila, Toledo, Córdoba, Sevilla á Cádiz. Símbolo más que ninguna otra ciudad de la España de la Edad Media y del Renacimiento, por la riqueza extraordinaria de sus monumentos romanos, visigodos, árabes, góticos y clásicos, por haber sido uno de los grandes centros de formación de nuestro idioma, por sus ciencias, floreciente industria y rica agricultura, por converger en ella la vida oriental y occidental, fundidas en la España de los siglos XIV, XV y XVI, se nos ofrece como vivo estímulo de nuestro renacimiento moderno; de la reconquista de aquellas prosperidades antiguas que simboliza con sus monumentos, capaces por sí solos de servir de base para la regeneración artístico-industrial de la nación entera.

Aun para los que no han visto á Toledo, este nombre es símbolo de inacabables maravillas, cuya repetición parecería enojosa si hoy no supiera todo el mundo que de nuestra riqueza artístico-histórica tiene que arrancar la riqueza industrial y comercial de la España moderna. No se trata de poéticas descripciones cuyo tiempo pasó ya. Por ellas aprendimos á amar las grandes obras de nuestros padres, por ellas sentimos avivarse el orgullo legítimo de hijos de españoles y fortalecerse nuestra esperanza de nuevas prosperidades y grandezas, esperanza creciente, que cada día conmueve todos los ámbitos de la nación y hay que transmitir cien veces aumentada á nuestros sucesores y afirmada en la base de nuestros modestos éxitos.

Ya saben todos en España que estudiosos extranjeros recorren nuestras ciudades, villas y aldeas analizando la riqueza ornamental de

nuestros monumentos; que con estos estudios renuevan su agotado caudal de belleza artística con que engalan los productos de sus industrias, que después introducen en nuestro país á favor de tratados que negocian políticos desconocedores de nuestra industria naciente. Y cuando los extranjeros hallan tantos motivos de estudio en nuestros monumentos, hijos después de todo de un espíritu que no les es familiar, qué no hallaremos nosotros, que al descifrarlos podremos ir encontrando la satisfactoria y fácil concordancia de nuestros gustos y aptitudes con los de nuestros padres, creadores de tantas grandezas!

Por eso hay que repetir á los arquitectos, pintores, escultores, plateros, bronceístas, bordadores, tallistas, repujadores, ebanistas, cerámicos, á cuantos artistas y artífices se sientan obligados á contribuir á nuestra regeneración industrial, la enumeración de los monu-

mentos toledanos que deben ser escuela donde aprendamos á igualar y aún á superar con nuestros productos los de los pueblos modernos más sabios y trabajadores.

Ofrecen inagotables enseñanzas en Toledo el Cristo de la Luz, embrión de la gran mezquita de Córdoba y motivo de mil variaciones arquitectónicas. Las dos Sinagogas, Santa María la Blanca y El Tránsito, ésta sobre todo, debida al gran arquitecto hebreo Meir-Abdellí y costeada por el arquitecto del rey D. Pedro, Samuel Leví, maravillosa aún existiendo los prodigios de Córdoba y Granada. El taller del Moro, la casa de Mesa, los palacios de Galiana, la puerta del Sol y muchas obras mudéjares, como la casa de Mesa, palacio de los condes de Fuensalida, restos del alcázar del rey D. Pedro, ábside de Santa Fé, torres de Santo Tomé, la Concepción y otras y multitud de conventos y restos venerables de la arquitec-

tura mudéjar genuinamente española y única en el mundo.

El Alcázar, grandiosa creación de Covarrubias, Villalpando y Herrera. El magnífico hospital de Santa Cruz, donde Covarrubias heredó en el estilo plateresco, tan explotable hoy en esta decadencia de la arquitectura, las bellezas del Renacimiento y del gótico. El vastísimo hospital de Tavera, palacio del Ayuntamiento, el del Arzobispo y otros particulares, algunas iglesias parroquiales y varias puertas de la ciudad que representan al Renacimiento español.

Más de sesenta edificios de todos los estilos entre conventos é iglesias, al frente de los cuales figura San Juan de los Reyes, cuya magnífica restauración se debe al insigne artista Arturo Mélida, y, como compendio la catedral gótica que cobija las artes de todos los tiempos.

La catedral de Toledo vale por sí sola tanto como una gran ciudad monumental. En su construcción han intervenido legiones de artistas desde el siglo XIII al XVII, pero en realidad su gran arquitecto ha sido la religión misma engrandecida al contrastarla día por día durante siglos con la agarena, inspiradora de descubrimientos y conquistas; de anhelos sublimes, primero, de sangrientas y universales luchas, después. Con la firmeza inmovible de sus pétreos dogmas y las filigranadas bellezas espirituales de sus mártires, ascetas, místicos y santos.

Es vasta como un mundo, es prolija, detallada, gentilísima en la fauna y flora que la puebla. No habrá templo que conserve tan puro el sello de un ideal, porque la corrupción de las artes comenzó cuando Toledo quedaba á un lado de los caminos de la historia, y la misteriosa ciudad ha llegado á nuestros

días casi intacta como reliquia bendita que se sepulta para librarla de profanaciones. Sólo en la catedral de Toledo se siente en toda su terrible grandeza el catolicismo español.

Pues bien, tantos monumentos se hallan embellecidos con un número enorme de pórticos, galerías, columnatas, artesonados, balustradas, torres, chapiteles, estatuas, pináculos, imágenes, verjas, sepulcros, altares, cuadros, urnas, vasos sagrados y ornamentos, telas, bordados, muebles, libros, joyas, tapices, que sólo su contemplación es una enseñanza, ¡qué no sería su estudio!

Y tristísimo contraste; en tal ciudad, que debía ser como gran academia donde fueran á perfeccionarse nuestros industriales, existe un edificio de nueva planta, con amplias aulas, con rica biblioteca artístico-industrial, con selecto museo de reproducciones, que se llama

Escuela de Artes y Oficios, pero sin profesores ni alumnos, cerrado.

Y es que mientras del Estado lo esperemos todo, nada tendremos. Que se necesita, si hemos de ser algo, que renazca la vida municipal y provincial, porque, ¿quién mejor que Toledo, por ejemplo, podría procurar en armonía con sus intereses, que tantas riquezas artísticas produzcan la utilidad de que son capaces?

La fábrica de armas del Estado y unas pobres industrias artísticas similares, son el único recuerdo de lo que Toledo fué. La academia de infantería, lo único que comunica alguna savia al viejo pueblo.

Mucho se ha hecho, sin embargo, en Toledo durante los últimos treinta años. A su condición de ciudad hospitalaria por excelencia, reúne hoy las ventajas de toda clase de servicios públicos á la moderna, y multitud de hospeda-

jes, fondas y un gran hotel como el primero, donde hacer grata la estancia de los artistas y viajeros que en gran número la visitan.

Marzo de 1895.

LA ESCULTURA RELIGIOSA

EN ESPAÑA

LA ESCULTURA RELIGIOSA EN ESPAÑA

Las grandes obras de arte son objeto del orgullo más legítimo para los pueblos cultos, porque además del purísimo placer que su

contemplación proporciona, constituyen la manifestación más sublime de nuestra esencia divina; son hijas de la paz y arrancan á las almas de las bajas pasiones refrescando y vigorizando en ellas los sentimientos que unen á la humanidad por encima de las mezquindades de la vida corriente.

España dejó de estimar su escultura religiosa, porque habiendo perdido la religiosidad que supo inspirarla, careció en absoluto de la ilustración que hubiera mantenido siquiera el culto santo de la belleza. A pesar de tanto como se ha destruído, aún nos queda una enorme riqueza artística, aunque estéril, gracias á nuestro desdichado sistema de enseñanza. Las imágenes sublimes que guardan nuestros templos son veneradas por las personas religiosas, más que por su belleza artística, por lo que representan; pero lo multitud, ajená á la piedad que en otros tiempos hacía á esas obras

objeto de la estimación de todos, desconoce hasta su mérito artístico.

¿Habrá quién dude que el reconocimiento y el goce de ese mérito por todos, sería provechoso á la religión misma; á aquella religión que dió al alma española un temple que pasma hoy á propios y extraños? De todas maneras tenemos el deber de procurar redimirnos de la bárbara ignorancia en que estamos de las cosas que más nos honran ante la humanidad y una de ellas es nuestra escultura religiosa.

*
* *

No obstante el extraordinario número de nuestros templos, no tuvimos parte en la crea-

ción de los estilos á que la mayoría deben su existencia; los recibimos de Oriente, de Italia, y del Norte, pero los adoptamos rápidamente, modificándolos según nuestro carácter, como una ley del tiempo, para cuyo desarrollo nos tenían preparados una fè y un idealismo todos los días acrecentados en la guerra santa de la reconquista.

Las influencias de fuera constituyen la urdimbre de nuestra historia artística desde los oscuros principios de la Edad Media hasta el siglo XVI. Los artistas del Norte realizaron con el estilo gótico el fin que el arte cristiano persiguió al través de los estilos bizantino, latino y románico; consiguieron la arquitectura cristiana, ojival ó gótica, que se enseñoreó al cabo de nuestro suelo reconquistado, hasta que el paganismo, nunca extinguido en Italia, reveló de nuevo al mundo la belleza humana, aborrecida por los austeros septentrionales,

que conservaron incólume el santo horror primitivo hacia cuanto pudiera distraer al alma de las tristezas de su tránsito por este valle de lágrimas.

Construidas estaban nuestras catedrales, iglesias, abadías y conventos góticos; pobladas tan bellísimas creaciones de estatuas y pinturas téticas, cuando la confianza en la posesión del suelo nacional y el porvenir abierto á nuestra raza por el sapientísimo y afortunado gobierno de los Reyes Católicos, permitió á los españoles tomar parte más eficaz en las artes. Entonces estudió Berruguete (1480-1561) el arte en Roma llegando á ser compañero y colaborador de los grandes artistas del Renacimiento. Su fabuloso éxito al volver á España determina una franca inclinación de los artistas españoles del centro que más encariñados se hallaban con el gótico hacia el Renacimiento italiano. Como la arquitectura madre, se

transformaron rápidamente la pintura y escultura sus hijas.

La arquitectura mudéjar exclusivamente española no ejerció influencia en la escultura ni en la pintura, pues había heredado de la árabe una absoluta esterilidad para cuando no fueran decoraciones á lo oriental.

En el litoral, la influencia italiana no faltó nunca y menos cuando la misma Alemania la tuvo que sufrir en sus más insignes artistas. Sevilla se entregó al Renacimiento con la fuerza de juventud y con el genio que hicieron de ella en el siglo XVI la capital intelectual de España: siguiente Granada y Córdoba, que con la gran Toledo, refugio del Greco, digno rival de Ticiano y precursor de Velázquez, eran en el Mediodía y en el centro como la dilatación del espíritu castellano viejo. Valencia y Barcelona con su matiz regional. Valladolid, donde el gran Berruguete había dado rudas batallas con-

tra el gótico, preparaba en la escuela práctica de sus construcciones monumentales el advenimiento del gran escultor Gregorio Hernández, y Salamanca, Santiago, Segovia, Burgos, León, todas las ciudades de la Península, se apresuraban á erigir templos, panteones, verjas, retablos y palacios, entregando sus mejores obras á los artistas del Renacimiento, nacionales ya en su gran mayoría.

Cuando el arte italiano triunfó sobre el gótico dejando todas sus enseñanzas en la Península, comenzaron los albores de la gran escuela naturalista española. Roelas y Herrera el Viejo la revelaron en Sevilla y desde entonces tuvimos nuestra originalidad.

Olvidaron los artistas españoles la tristeza y rigidez sistemáticas de los góticos, olvidaron ó se desentendieron del sensualismo italiano, tomaron al hombre de la realidad y sin disminuciones ni ampulósidades, se dispusieron

á realizar el arte religioso más digno de la divinidad que ha existido.

Tal era la España artística á mediados del siglo XVI. Triunfantes la patria y la religión después de la más larga y cruentísima lucha, revelado por nuestro esfuerzo el mundo desconocido, vencedora en todas partes la bandera castellana, poderosa la voz de nuestros filósofos, florecientes nuestras universidades, aparecieron los genios que en la literatura y en el arte habían de ofrecer al mundo los frutos de la religión del espíritu, con un ímpetu cien veces secular, acumulado en la sangre más ardiente, con la apasionada y vehemente ternura, con el candor y sencillez primitivos que jamás faltan en corazones españoles.

Legiones de hombres educados en la austeridad y de exaltación sublime poseidos, á cuyo frente iban San Juan de la Cruz, Fray Luís de Granada, Fray Luís de León, el padre Estella,

Zárate, Santa Teresa, dan la medida del ímpetu y la ternura de nuestros artistas, cuyas creaciones se fraguaron en la cálida atmósfera, de luz divina inundada, de sus escritos; válvulas por donde escapaba el torbellino de pasiones sublimes que tenía en estremecimiento continuo el alma nacional.

Quedáronse nuestros artistas con la austeridad gótica, porque esa austeridad constituye el fondo de nuestro carácter, y se adiestraron con los italianos en el estudio de la belleza humana, con cuyos esplendores engalanaron á las hechuras de su imaginación, haciéndolas más capaces de representar altos misterios y afectos infinitos de amor á Dios. Pero aquí no se incurrió jamás en el endiosamiento de la belleza física que excita el sensualismo. En virtud de un superior é intuitivo discernimiento, la belleza plástica se ve siempre en nuestra escultura religiosa como depurada en

su misma levadura carnal por el poderoso espíritu triunfante.

Gaspar Becerra (1520-1570) nació en Baeza y estudió en Roma. Como el cordobés Pablo de Céspedes, acabó de extender por España el gusto italiano. Entre la multitud de sus obras se nota en muchas, y sobre todo en su prodigiosa imagen de Nuestra Señora de la Soledad, la sencillez de nuestro naturalismo, que es la característica de los escultores siguientes que ya aprendieron en España.

El insigne escultor gallego Gregorio Hernández (1566-1636) suavizó la violencia italiana con tal decoro y naturalidad de afectos que acreditó definitivamente el naturalismo en Valladolid y toda Castilla. Sus obras innumerables, muchas de las cuales llevan todavía cierto carácter arcáico, se encuentran en Valladolid, Madrid, Plasencia, Vitoria, Santiago, Vergara, Ponferrada, Trujillo, Zamora, Avila, Sa-

lamanca, Tudela, Aniago, Nava del Rey, Medina del Campo, Cebrián de Campos y Sahagún.

Martínez Montañés, contemporáneo del suegro de Velázquez, llevó á tan encantadora sencillez la expresión de sus estatuas, que son prodigios de amor y timbres de gloria de Andalucía y de España.

Pero el escultor religioso por excelencia es el granadino Alonso Cano (1601-1667), discípulo de Montañés. Purísima belleza, claridad asombrosa, sabiduría, pensamiento é inspiración vehemente son los caracteres de sus obras, expresión la más grandiosa y acabada de nuestros sentimientos religiosos.

Después de él Pedro Roldán (1624-1700) siguió las tradiciones sevillanas, dando á sus imágenes una dulzura verdaderamente murillesca, que su hija la insigne escultora doña Luisa, llamada *La Roldana*, llevó en las vír-

genes y nacimientos á increíbles extremos de perfección.

Estos son los primeros entre la legión de escultores religiosos con que contamos durante los siglos XVI y XVII. Sus estátuas, con ser prodigios de arte, constituyen los monumentos más populares que han existido en España, porque son encarnación de la piedad popular, varonil y tempestuosa en Alonso Cano; humana, serena y persuasiva en Martínez Montañés; austera en Gregorio Hernández; blanda, suave y dulce como una caricia maternal en Roldán y su hija.

En el siglo XVIII aparece Salcillo en Murcia, naturalista como todos nuestros grandes escultores religiosos, pero en sus imágenes se echa ya de menos el aliento divino de las antiguas.

Nuestro caudal artístico permanecerá desconocido hasta que no exista un ministro de

Bellas Artes, ó por lo menos una dirección de este ramo en Fomento, como pedía D. Carlos Groizard, y esto urge tanto como nuestro renacimiento artístico industrial, que será su consecuencia.

Abril de 1895.

JOSÉ VILLEGAS

Córdoba

5

JOSE VILLEGAS

Acababa de morir Fortuny en Roma cuando París aclamaba á Villegas.

Lo que en las obras de Fortuny hay de español, luz, vehemencia, gracia, denuedo en

la expresión dentro del naturalismo moderno, en ninguno ha brillado después con tanta energía como en Villegas. Aquel revelador tuvo en Villegas su apóstol. Distinguenlos cualidades esenciales de sus temperamentos. Fortuny, reflexivo, razonador, objetivista, asienta por instinto la base de sus creaciones, aún las más imaginativas, en la realidad. Villegas, subjetivo, lírico, ve la realidad al través de su imaginación sevillana.

Los primeros pasos de Fortuny revelan al observador meticuroso; sus primeros estudios acusan un nimio cuidado por consignar todos los accidentes de la forma con la esclavitud del que no reconoce otro maestro ni más guía que la interpretación fiel del natural.

Villegas revela sus cualidades excepcionales siguiendo á su primer maestro D. José Romero, que por el año 60 imitaba en Sevilla, con cierta fortuna, al gran Murillo.

Fortuny en Cataluña, libre del peso de las grandes tradiciones artísticas, que siempre anulan á los principiantes sobrecogidos de admiración ante las obras consagradas cuya imitación se les impone, sólo obedeció al ímpetu con que su sinceridad naturalista le llevó al estudio de la realidad plástica.

Villegas en Sevilla, cuna gloriosísima de las artes españolas, metrópoli del imperio ejercido sobre el arte por Murillo, cuyas obras son amadas por los sevillanos por puras y santas tanto como admiradas por bellas, nació bajo la influencia de Murillo, que en Sevilla jamás pasará de moda; porque los corazones sevillanos sentirán siempre la piedad del gran maestro, y los ojos verán siempre en sus cálidas luces como una transfiguración celestial de la que el sol de Andalucía les ofrece al nacer.

Ya se distinguía Villegas como discípulo de Romero cuando fué á Sevilla D. Eduardo Cano,

representante de nuestro romanticismo artístico.

*
* *

El renacimiento moderno de las artes arranca de la Academia.

El arte fué profesado en los siglos xv, xvi y xvii como una gran pasión, en la que se unieron dos grandes anhelos: el de reconquistar la libre expansión de las pasiones humanas negadas por la tétrica Edad Media, y el de la belleza plástica sistemáticamente negada como pecaminosa. La reaparición de las obras clásicas enterradas por la barbarie de diez siglos, determinó el Renacimiento. Renacimiento de la belleza humana, y con ella de la

juvenil alegría con que el hombre sintió la legitimidad de sus pasiones, la vida animal engrandecida pronto en estatuas, cuadros y monumentos.

Frente al hombre de la Edad Media enclaustrado, apocado ridículamente, disminuído por el miedo á lo sobrenatural, apareció el hombre primitivo, hijo de la tierra, de la luz, del aire, con los apetitos y pasiones de su naturaleza, como un rey de la creación. Se pintó y esculpió para ensalzar su belleza soberana, y se edificaron mansiones donde las bellezas naturales y artísticas se unían para celebrar el renacimiento del hombre.

Mas el entusiasmo generador de este movimiento artístico acabó antes de comenzar el siglo XVIII, sintiéndose pronto en la Europa culta una como nostalgia de las grandes bellezas que ya nadie producía.

El arte era ya para Europa una necesidad,

á cuya satisfacción se dedicaron los sabios; y la misma manera que para adquirir el conocimiento de una lengua muerta se estudia su gramática en las grandes obras literarias, consagráronse al estudio de la gramática de las artes, llegando á encontrar reglas con las cuales se creyeron capaces de provocar el nuevo y tan deseado Renacimiento.

A Winckelmann, Mengs, Álvarez, Canova, David, Madrazo (D. José), Rivera (D. Juan), Ingres, Overbeck, Tenerani y otros muchos literatos y artistas, se debe un caudal de excelentes estudios críticos é históricos sobre la antigüedad, y gran número de obras en que tomaron su plástica por modelo; mas como con las reglas y cánones no hallaron el secreto de producir *el divino furor*, el entusiasmo ardiente con que los grandes artistas arrebatan á la Naturaleza sus formas y crean obras sublimes, todo paró en la creación de un arte

contrahecho y negado por la posteridad, que concede más importancia á la obra de un solo hombre genial, Goya, que á la de todos los imitadores y académicos sus contemporáneos.

Pero los académicos continuaron velando por la integridad de sus cánones. Para hacerse pintor había que estudiar el dibujo, no en el natural, sino en los dibujos y obras consagradas. Cuando en la Academia de Madrid se planteó el estudio del desnudo, fue con escándalo de la mayoría de los artistas y horror del público. Las espléndidas luces de los grandes pintores del Renacimiento se han convertido con el tiempo en oscuridades que una elemental crítica puede descontar; sin embargo, el mezquino espíritu de imitación llegaba hasta el punto de imitar en la pintura corriente tales tinieblas, y con ellas la patina, encanto de las obras antiguas é infalible señal en las nuevas de pobreza y raquitismo. Asuntos prefe-

rentes eran los manoseados mitológicos, de la Historia sagrada y de la profana, interpretadas con ridícula afectación heróica.

A pesar de la enseñanza oficial, cada generación se separa más durante este siglo de la Academia, aproximándose al naturalismo, que sobre todo en Francia, ha tenido en cada lustro un glorioso campeón. Con este estímulo siguieron nuestros pintores el camino emprendido en busca de la emancipación del arte, pero bajo la influencia de las obras de nuestro Museo y de Velázquez especialmente. El romanticismo, que tan rudos golpes asestó á la Academia, ofreció al fin, mas que un criterio, su exaltado espíritu, á nuestros pintores; y entre Gisbert, Casado, Manzano y otros, figura como uno de sus más caracterizados campeones D. Eduardo Cano, que por el año 62 llevó á Sevilla los atrevimientos y esplendores del romanticismo. Villegas, como los hermanos Jiménez y los artistas sevillanos en gene-

ral, se dispuso con las enseñanzas de Cano, á recibir las grandes novedades artísticas que en aquellos días se anunciaban, y que conoció al cabo al venir á Madrid.

*
* *

Estudió el Museo del Prado, realizando buen número de copias que le conquistaron la admiración de los artistas, sobre todo por las que ejecutó de las obras de Velázquez, y singularmente de la señalada con el núm. 1,074 del *Catálogo*, que representa á Felipe IV en traje de caza. Sabido es que las copias de Velázquez están reservadas para los artistas españoles, entre éstos para los privilegiados que tienen algo de su genio. Por primera vez vió entonces obras de Fortuny, que copió también, ob-

teniendo un señalado triunfo en la del boceto de *La procesión deshecha por un chubasco*, cuyas audacias de color habían revolucionado á los más acreditados pintores de la capital.

Volvió á Sevilla, y, gracias á uno de esos milagros de amor de las madres, fué pensionado para estudiar en Roma; pero antes de partir estuvo en Madrid otra temporada continuando sus estudios en el Museo. Dominaba al llegar á Roma todas las dificultades del dibujo y del color. Su ejecución era extraordinaria, exquisita su sensibilidad; iba, por consiguiente, en disposición de ganar mucho dinero, porque poseía el secreto de dar á sus obras, cuando menos, ese interés de momento en los atractivos del color é intención de las expresiones, golosina del vulgo universal adinerado que por la pintura inteligible y fácil comenzaba á desvivirse entonces.

En Roma sintióse atraído por el genio aus-

tero y poderoso de Rosales, que lo acogió con el cariño que un artista de espíritu tan abierto, de sensibilidad tan viva y rápida concepción como Villegas merecía; pero sea porque los genios de maestro y admirador iban por distinto camino, ò porque el imperio de Fortuny, con el cual tenía Villegas más conexiones, se hacía ineludible, el hecho es que pronto se sometió á su influjo.

Fortuny dió al academismo el golpe que definitivamente acabó con su artificiosa existencia. En él se condensaron las aspiraciones y los esfuerzos de legiones de artistas que desde mucho antes de su aparición tanteaban la incierta ruta por donde había de llegarse á la pintura del siglo XIX. Pintura de caballete de un exquisito refinamiento, en armonía con el estado del alma moderna, sensitiva colocada en el centro donde han llegado á converger todos los refinamientos plásticos y espirituales

de la Naturaleza y de la Historia. No buscó en la Naturaleza las energías primitivas de que la especie humana aparece dotada en las obras del Renacimiento, ni empleó los medios amplios y grandiosos de aquellos artistas, inútiles para su fin. Produjo para el hombre de la realidad actual, empequeñecido por la obra de su inteligencia, frívolo en la inestabilidad de su vida, dedicada á cien cosas á la vez, á la ciencia, al arte, al comercio, la banca, la política, la literatura y la industria; ansioso de todo despertador de sus emociones, libre, versátil y antojadizo. Arrebatando al color sus más remotos matices, y al ambiente diáfano del mundo latino sus vibraciones luminosas, pero poniendo las más acariciadoras y musicales vaguedades de que ha sido capaz la pintura en el desenvolvimiento de cualidades tan españolas como el vigor en la gracia, la fuerza en el sentir, que diferenciaron siempre sus

obras capitales de las de todos los artistas.

Ciertos críticos franceses que, como á otros muchos compatriotas nuestros, no le perdonaron su cualidad de español, le censuraron en nombre de un realismo sucio las delicadezas sublimes que después de todo ofrece la realidad donde él las buscó; como si la Naturaleza no se hallara dispuesta á darse á cuantos de ella se muestren dignos con su talento y perseverancia en el trabajo, naturalistas ó idealistas, ofreciendo materiales para nutrir toda originalidad. No valen protestas ante un hecho de tanta gravedad; el arte para las gentes de este último tercio de siglo lo definió Fortuny, gracias á su sensibilidad exquisita, á su habilidad única y á su gracia vibrante española.

Pocos pintores se hallaban en Europa tan bien preparados para aprovechar los elementos aportados al arte por Fortuny como Ville-

gas, cuya ejecución era reconocida como prodigiosa por el mismo maestro; así que pronto se asimiló cuanto podía acomodarse á su temperamento, librándose de los estragos que en las medianías ha hecho la imitación de Fortuny, y transmitiendo á la juventud, cuando llegó su madurez, las más valiosas conquistas del insigne catalán.

Y llegamos á la asombrosa madurez de Villegas. Una larga vida de artista comenzada en la infancia; el ardor inacabable con que se dedicó siempre al trabajo, y sus portentosas facultades de asimilación que le permitieron enriquecer propios estudios y observaciones con las cualidades más espirituales y modernas de cuantos maestros estudió, dieron á la madurez artística de Villegas relieve é importancia tales, que no existe galería importante de Europa y América que carezca de obras suyas. Por muchos conceptos se halla hace años á la

cabeza de los artistas europeos. Su dominio del color es verdaderamente prodigioso. Entre los mismos pintores españoles es quizá el primero, por más que su larga permanencia en Italia le haya llevado á descastarse algo. En cuanto al desenvolvimiento de los asuntos, á la composición, ha desarrollado una facilidad y grandeza tales, que ni en Fortuny se podían sospechar, dado que la muerte cortó aquella preciosa vida cuando apenas había terminado la gran revolución técnica en la pintura moderna.

Además, Villegas conserva en toda su encantadora grandeza esa amplia manera española que constituye la gran cualidad de nuestros pintores y su más perturbador defecto. Es gran cualidad cuando, fundada en profundo estudio, se desarrolla por sus pasos como en Velázquez, llegando á poner el color ámpliamente y sin fatiga. Es gran defecto cuando se

prescinde del estudio y se busca por imitación de la manera, ocasionando el fracaso de tantos artistas de talento como vemos decaer rápidamente por empeñarse en alardear de grandeza y soltura sin el fundamento del estudio.

Entre las incontables obras de Villegas existen muchas en las que la asombrosa verdad naturalista, unida á un color mágico y expresión libre y fácil, las hacen insuperables modelos del arte moderno.

Tales son *El triunfo de la Dogaresa Foscarì*, *La muerte del maestro* y otros que conserva en su estudio. Como coronación de sus innumerables triunfos, que comenzaron en París hace veinte años al exponer *El bautizo*, debe citarse el que obtuvo en la última Exposición Internacional de Viena, donde alcanzó la gran medalla de oro del Estado de Austria.

En España, y sobre todo en Madrid, es donde menos se le conoce. La más importante ga-

lería de pintura moderna de la corte, formada por el Sr. García Vela, cuenta con una preciosa acuarela, *El lucayo dormido*, tipo de la primera época, por los años del 73 al 75. En el Ministerio de Fomento, despacho del Director general y antesala del Ministro, existen dos posteriores de gran tamaño y amplísima factura.

La mayoría de sus obras conocidas en Madrid se vieron en las exposiciones organizadas por D. Ricardo Hernández. En la de 1881 (Desengaño, 22) figuraron *Una odalisca* y *Una leñadora*, adquirida esta última por D. Alfonso XII. En la de 1882 (palacio de Arenzana), el gran boceto al óleo *Unos tanto y otros tan poco*; las acuarelas *Soldado persa*, *Una niña*, *Abanico*, *Mudando de traje*, y los óleos *Gitana* y *Agua*. En la de 1894, que formó parte de la Artístico-Literaria, *Contra el viento*, acuarela, *Una playa de Nápoles*

y *Recuerdos de Puerto Real*, óleos. Casi todas estas obras fueron adquiridas en Madrid.

Hoy, después de demostrar privilegiado genio tratando toda clase de asuntos, incluso los históricos, es un convencido cultivador del naturalismo. Persuadido de que la realidad que nos rodea es lo único que el artista puede conocer á fondo y en cuyo estudio le es dado prestar verdaderos servicios á la Historia, sigue las huellas de nuestros grandes maestros, consignando el presente en sus tipos y escenas características.



En el Mediodía, la vida es una perpetua y alegre expansión, comunicación constante,

completa y casi instantánea de cuanto constituye el carácter, diáfano como un cristal; y cuando á espíritus tan andaluces como el de Villegas se une bondad tan sencilla é infantil como la suya, todas las cualidades se subliman. Una cualidad eminentemente andaluza que brilla con frecuencia hasta en el más humilde jornalero, mediante la cual el más puro de los goces del alma consiste en hacer partícipes á los demás en el bien propio, la generosidad, con un tanto de señoril alarde que suele acompañarla, causa en Andalucía de sensibles accidentes en toda clase de fortunas, calamidad social considerada en conjunto, pero causa de acciones bellísimas que siempre serán admiradas por los mismos que de ellas se consideran incapaces, hizo de Villegas, desde el principio de su estancia en Roma, el natural amigo y protector de cuantos compatriotas lo necesitaron. La gloria y la

fortuna que debe no sólo á su extraordinario talento, sino también al trabajo, en el que se mostró siempre incansable, hasta el punto de no contentarse con el del día y dedicar á él parte de la noche, no han podido hacerle abandonar sus costumbres sencillas ni el trato de sus amigos más humildes. Ni usa más traje que el que podría llevar el más modesto artista, ni frecuenta otro trato que el de su familia y compañeros de arte, sobre todo si son españoles, de los que nunca se ha extrañado, conservando para todos, aun á prueba de muchos desengaños, íntegro el tesoro de su generosidad andaluza. Talento, bondad y esplendor son los caracteres de su alma, reflejo de la ciudad incomparable donde nació.

¡Cuántos pintores españoles de los muchos que van á Roma ricos de esperanzas, pero atenidos á una ruin pensión, encontraron en su familia y en su casa una como la dilata-

ción de la patria querida y del hogar donde se les asistía en sus enfermedades con la cariñosa efusión que en los hogares andaluces suele acogerse á la desgracia!

Casi todos los pintores que esto lean podrán citar nombres de compañeros enfermos y desvalidos, que hubieran muerto en tierra extranjera sin la asistencia suya y de su familia y sin los recursos por él aprontados para la vuelta.

El riquísimo guardarropa que por todo el mundo ostentan las figuras de sus cuadros numerosos y espléndidos está siempre á disposición de los españoles, y para ellos su casa y su alma, sus consejos y estímulos paternales.

Después de haber reseñado la vida de trabajo y repetidos triunfos del artista, no hemos podido callar las virtudes del hombre, aun á trueque de ofender modestia tan de buena ley

como la suya, porque constituyen el más bello ejemplo de sencillez española, honra y orgullo de la patria, y porque es tiempo de que el relativo olvido en que le hemos tenido se remedie proclamando desde la alta tribuna de la prensa el hermoso conjunto de méritos contraídos ante la humanidad y ante la patria por el insigne Villegas.

El último de los grandes escultores sevillanos del siglo XVII, Pedro Roldán, vivía en una casa de campo distante de Sevilla para que nadie le interrumpiera en sus estudios, y cuando iba á la ciudad era caballero en un borriquillo y modelando con barro que siempre llevaba consigo.

También Villegas vive alejado del bullicio de Roma, en magnífica residencia, donde ha reproducido las bellezas arquitectónicas del alcázar de Sevilla; y así como Roldán se trasladaba á la ciudad en un borriquillo, Villegas,

que goza entre los artistas, entre los más encumbrados y aristocráticos amantes del arte, las preeminencias debidas á su genio, se trasladada á Roma en desvencijado carricoche, tirado por un caballejo, casi siempre para visitar los estudios de españoles, sobre todo de los principiantes.

Aunque alejado por tantos años de la patria, Villegas es nuestro, tanto por la calidad de su genio como por los rasgos de su caracter. Dios quiera que los lazos que le unen á la patria sean tan fuertes que le obliguen á devolverle lo que es suyo: la vida y la gloria conquistada. Nunca habrá habido hijo tan parecido á su madre como lo es Villegas á Sevilla: hermosa, riente, inspiradora de grandes virtudes es hoy, como fué ayer, gran centro de cultura, que celebraría la vuelta del hijo ilustre con todo género de maternales efusiones.

Julio de 1896.

PALAFIX



PALAFOX

Palafox es símbolo de la inquebrantable tenacidad española, capaz de afirmar la existencia de la nación frente á todos los enemigos y calamidades imaginables.

Al sublime y terrible flagor de su nombre se iluminan en la imaginación las grandezas de Zaragoza, que indefensa y desamparada encuentra en el corazón de sus altivos hijos fuerzas para negar la ciega y fatal fortuna de incontrastable imperio.

Hijo de una de las familias aragonesas más ilustres, nació en Zaragoza en 1776 José de Palafox. Comenzó su carrera militar á los dieciseis años, y como sus hermanos, mereció honrosos cargos y distinciones de la corte antes de la invasión francesa.

Alejado de la corte cuando la invasión se consumó, presentóse en Zaragoza como un guerrillero, como uno de tantos poseidos por desinteresado amor á la patria, al frente de un pelotón de campesinos armados.

El pueblo zaragozano lo proclamó su capitán general en Mayo de 1808.

Aunque rechazó obstinadamente el cargo al

pronto, acabó por aceptarlo, poniendo mano en la obra de fortificar á Zaragoza; organizó batallones de estudiantes, reunió algunas tropas de los distritos inmediatos, armó á todos los hombres útiles, y poderosamente secundado por oficiales del ejército, por el pueblo y los frailes, se aprestó á la defensa de Zaragoza con el ardimiento de un aragonés y la pericia de un hombre práctico en las cosas militares.

Comenzó declarando la guerra á Napoleón, combatió á los franceses en Tudela, Malleu y Alagón, convocó las Cortes aragonesas, según antigua usanza, proclamando rey en ellas á Fernando VII, y decretó el armamento y una ilimitada resistencia al invasor.

Nunca se vió, como en Zaragoza, que los hombres fuesen la más firme muralla que defendiera de la artillería enemiga una ciudad.

Sin tropas ni murallas supieron los intrépidos zaragozanos resistir el primer sitio, escar-

mentando durísimamente á los sitiadores, que provistos de todos los medios de que la ciencia militar dotaba entonces á los ejércitos, se estrellaron ante el coraje aragonés, acrecentado por el solemne juramento que hizo el pueblo zaragozano de defender su ciudad hasta la muerte.

Levantado el primer sitio, ocupó Palafox con sus tropas la línea del Ebro, amenazó á Pamplona, peleó en Lumbier, Arbar y Caparroso, de donde desalojó á los franceses, obligándolos á retirarse.

Tuvo Palafox que ceder el mando de su ejército, que sufrió entonces la rota de Tudela, y vuelto á Zaragoza, trató de ponerla en defensa, reuniendo una parte del ejército, del que supo valerse en el segundo sitio, batiendo á Moncey y Gannes, á Mortier y Junot en cuatro reñidos ataques sostenidos en un mismo día.

Cuando una lluvia diaria de bombas sobre la ciudad, y las minas que volaron edificios in-

conquistables para toda la pericia y valor de los franceses, habían convertido á Zaragoza en un montón de ruínas; cuando la peste, más mortífera y cruel que las balas enemigas, dejó reducidos los defensores de Zaragoza á un pelotón de espectros, y el mismo Palafox, rendido por el trabajo, el insomnio y desvelos sin tregua cayó enfermo, contagiado de la epidemia, y expirante, desahuciado, su poderosa voluntad desamparó á los suyos, capitularon los fantasmas, más que hombres á sus órdenes, pero no el corazón del caudillo que ni en el triste estado de flaqueza, vecina á la muerte, á que le habían llevado sus gloriosos trabajos, en poder ya de los franceses, se prestó á sancionar nada que significara inteligencia con los enemigos de su patria.

Enfermo, pobre y miserable, sufrió cinco años de prisión en un calabozo en Vincennes, desde el 1809 al 1813.

Según un papel suyo, se le hacían siglos los momentos que tardaba en volver á su amada patria cuando se vió libre en París; que ni los indignos tratamientos ni la miseria y enfermedad padecidos en la rigurosa incomunicación del calabozo, pudieron amenguar el amor tremendo que tan sobrehumanas acciones le había inspirado.

Vuelto á España, fué de nuevo encargado de la capitania general de Aragón; tuvo el mando en jefe del ejército de operaciones del Centro durante la vuelta de Napoleón del destierro, sin que, como tantos otros varones insignes que por Fernando VII derramaron su sangre, se viese libre el primero entre todos, el glorioso Palafox, de sus ódios y rencores, motivados por su inclinación hacia los liberales.

Fernando VII lo exoneró el año 23. El 35 se dirigió á los aragoneses para decirles en favor

de Isabel II. El 36 fué por última vez capitán general de Aragón.

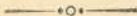
Fué director general de Inválidos, institución que inauguró en Noviembre del 38, y varias veces senador por la provincia de Zaragoza.

Murió el 15 de Febrero de 1847, siendo sepultado en la basílica de Atocha.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Córdoba.....	9
La cordobesa.....	31
Los patios de Córdoba.....	43
Córdoba.—El patio de los Naranjos.....	61
Notas artísticas é históricas.....	73
Salamanca.....	75
Valladolid.....	85
Toledo.....	99
La escultura religiosa en España.....	113
José Villegas.....	129
Palafox.....	155



CATÁLAGO

DE ALGUNAS DE LAS OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA ESPAÑOLA

DE

Antonio López, editor

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

BARCELONA

CATÁLOGO

	<u>Pesetas</u>
Un adulterio en juicio oral. — (Meditaciones.) Texto de Alberto Llanas, dibujos de Apeles Mestres, 1 tomo en 16.º	0'50
Cuentos del día. —Por Ventura Ruiz Aguilera, 1 tomo en 8.º	1'00
Algo. — Colección de poesías de Don Joaquín M.ª Bartrina, 5.ª edición mag- níficamente ilustrada por J. L. Pellicer. Un elegante tomo en 8.º	3'00
El alma al diablo. —(Novelas po- líticas.) Obra original escrita por A. Z., 1 tomo 8.º	2'00
España tal cual es, por Valentín Almirall, 1 cuaderno en 4.º	1'00

- Discursos** parlamentarios de Castelar, pronunciados en el período legislativo de 1876 á 1877, 1 tomo en 8.^o con el retrato del autor. 1'00
- Paris á sangre y fuego!** Jornadas de la Comune, obra escrita por Luis Carreras, 1 tomo en 4.^o. 1'25
- Procesos de la Comune de Paris**, interesantísima obra plagada de láminas y retratos, 2 tomos en 4.^o 3'00
- Abraham Lincoln**, su juventud y su vida política. Historia de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, un tomo en 8.^o 1'00
- El Volapük.** — Novísima gramática de la lengua mercantil universal, 1 cuaderno en 4.^o. 1'00
- Vocabulario** Español Volapük y Volapük Español, con más de 5,000 voces, 1 tomo en 8.^o. 2'00
- Barcelona en la mano.** — Guía del viajero, la más completa para conocer fácilmente cuanto encierran la capital y sus alrededores, adornada con láminas y planos, 1 tomo en 8.^o tela. 6'00
- Lámina de la República**, de gran tamaño perfectamente iluminada, precioso dibujo del malogrado pintor don Tomás Padró, propia para los casinos y

centros políticos democráticos. Mide 80 centímetros de alto por 57 de ancho.	5'00
Flor de un día. Novela basada en el drama de su mismo título, por Don M. Angelón, adornada con 8 láminas y una preciosísima cubierta al cromo. 1 tomo en 8.º mayor.	3'00
Espinas de una flor, segunda parte de <i>Flor de un día</i> . Novela basada en el drama de su mismo título, por Don M. Angelón, adornada con 8 láminas y una preciosísima cubierta al cromo, 1 tomo en 8.º mayor.	3'00
Victor Hugo: Un libro de sus obras, compaginado por R. P. I., 1 tomo en 8.º	2'00
El cantar del Romero, leyenda en verso, por José Zorrilla, 1 tomo en 8.º	3'00
Las nacionalidades, por F. Pi y Margall, 1 tomo en 4.º	2'00
Garibaldi. —Memorias autobiográficas 2 tomos en 8.º.	5'00
Maria de los Angeles —Novela de José Navarrete, 1 tomo en 8.º.	4'00
El Consultor. Manual teórico práctico del fabricante de jabones, por F. Candal Martínez, 1 tomo en 4.º	1'00
La Menegilda. Criada de servicio de la Gran Via.—Canción ilustrada por R. Miró, 1 tomo en 16.º	0'50

Obras de los reputados autores españoles: Pérez Galdós—Pareda—Castelar—Alarcón—Valera—Pardo Bazán—Pilar Sinués—Picón—Palacio Valdés—Clarín—Barrionuevo—Trueba—Frontaura—Fernán Caballero, etcétera, etc.

Obras de autores extranjeros importantes: Julio Verne—Daudet—Feuillet—Zola—Montepín—Amicis—Dumas, padre é hijo—Koch, padre é hijo—Mayne Reid—Aymard, etc. etc. Tenemos todas las expresadas obras de los autores nacionales y extranjeros citados, á la disposición de los señores libreros y corresponsales.

Guía de España y Portugal, por Eduardo Toda.—Con un mapa de la Península y planos de las principales ciudades.—Un tomo en 8.º mayor encuadernado en tela. 10'00

Poesía del porvenir, por F. Salazar Quintana, con una carta de D. Francisco Pi y Margall, obra adornada con 72 dibujos de Gómez Soler y una elegante cubierta al cromo. 1 tomo en 8.º. 2'50

Trata de blancas. Novela social, original de Don Eugenio Antonio Flores, ilustrada con 8 láminas sueltas, por F.

Gómez Soler. Forma un elegantísimo tomo de unas 300 páginas en 8. ^o , encuadernado con una preciosa cubierta al cromo.	3'00
Romances de Corte y Villa , por Francisco Gras y Elías, con un prólogo de Federico Soler, obra adornada con profusión de dibujos de Dieguez, Gomez Soler y Vazquez. Forma un elegante tomo en 8. ^o	2'50
Venta de hijos , novela española de M. Martínez Barrionuevo, magníficamente impresa é ilustrada.—1 tomo 8. ^o .	3'50
Juanela , novela española de M. Martínez Barrionuevo, un tomo 8. ^o	3'00
De pura sangre , novela española de M. Martínez Barrionuevo, un tomo 8. ^o	3'50
El gran pecado , novela española, de M. Martínez Barrionuevo, un tomo 8. ^o	3'00
Guerras pasadas , narraciones militares, de M. Martínez Barrionuevo, un tomo 8. ^o	3'00
Un libro funesto . (Pequeñeces del P. Coloma), por Martínez Barrionuevo, un tomo 8. ^o	1'00
Las luchas de nuestros días , por F. Pi y Margall, un tomo 8. ^o	4'00
Flores de estío . Poesías de José Anselmo Clavé, 1 tomo 4. ^o encuadernado	

en tela.	4'00
Pimpollos. (Novelas cortas) de J. Torrendell, un tomo 8.º	3'00
Guide de Barcelone et ses environs, précédé d'un manuel de conversation français-espagnol. Vues des principaux edifices civils et religieux, monuments, théâtres, etc. etc. 1 vol. en 8.º tela.	4'00

PUBLICACIONS EN CATALA

OBRAS DE C. GUMÀ

~~~~~

Pessetas

|                                                                                                                                                                                                                                                                   |      |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| <b>Fruyta del temps.</b> —Colecció de poesias, formant quatre tometes titolats: <i>Fruyta amarga</i> , <i>Fruyta verda</i> , <i>Fruyta agre-dolça</i> y <i>Fruyta madura</i> , 2. <sup>a</sup> edició, ilustrada. Cada tomet 0'50 de pesseta: tots junts. . . . . | 2'00 |
| <b>L' amor, el matrimoni y el divorci.</b> —4. <sup>a</sup> edició, ilustrada. . . . .                                                                                                                                                                            | 0'50 |
| <b>Del bressol al cementiri.</b> —6. <sup>a</sup> edició ilustrada. . . . .                                                                                                                                                                                       | 0'50 |
| <b>Buscant la felicitat.</b> —3. <sup>a</sup> edició, ilustrada. . . . .                                                                                                                                                                                          | 0'50 |
| <b>Petons y pessichs.</b> —3. <sup>a</sup> edició, ilustrada. . . . .                                                                                                                                                                                             | 0'50 |
| <b>Barcelona en camisa.</b> —5. <sup>a</sup> edició ab dibuixos. . . . .                                                                                                                                                                                          | 0'50 |
| <b>Lo déu del sigle.</b> —2. <sup>a</sup> edició, ilus-                                                                                                                                                                                                           |      |

|                                                                                                                                                         |      |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| trada. . . . .                                                                                                                                          | 0'50 |
| <b>¿Home ó dona?</b> —2. <sup>a</sup> edició, ilustrada. . . . .                                                                                        | 0'50 |
| <b>La dona nua.</b> ( <i>¡Moralment!</i> )—3. <sup>a</sup> edició ab dibuixos. . . . .                                                                  | 0'50 |
| <b>Tipos y topos.</b> ( <i>Colecció de retratos</i> ).—2. <sup>a</sup> edició, ilustrada. . . . .                                                       | 0'50 |
| <b>¡Guerra al cólera!</b> <i>Instruccions per combdtrel.</i> —2. <sup>a</sup> edició. . . . .                                                           | 0'25 |
| <b>Clá y catalá</b> <i>Llissóns de gramática parda.</i> —2. <sup>a</sup> edició, ilustrada. . . . .                                                     | 0'50 |
| <b>Don Quijote de Vallcarca.</b> —<br>Viatje extraordinari. . . . .                                                                                     | 0'50 |
| <b>¡Ecce Homo!</b> <i>Monólech en un acte y en vers.</i> —5. <sup>a</sup> edició . . . . .                                                              | 0'50 |
| <b>Mil y un pensaments.</b> — <i>Colecció de máximas y sentencias, escrita expresament per la classe obrera.—Un tomo de unas 100 páginas.</i> . . . . . | 1'00 |
| <b>Lo Rosari de l' Aurora.</b> — <i>Album humorístich, ab infinitat de caricaturas,</i> 2. <sup>a</sup> edició . . . . .                                | 0'50 |
| <b>Filomena.</b> — <i>Viatje de recreo al interior d' una dona.</i> 2. <sup>a</sup> edició ilustrada . . . . .                                          | 0'50 |
| <b>Lo cólera y la miseria,</b> y una carta al Dr. Ferrán. . . . .                                                                                       | 0'50 |
| <b>Sobre las donas.</b> — <i>Polémica entre C. Gumá y Fantóstich</i> . . . . .                                                                          | 0'50 |
| <b>Gos y gat</b> — <i>Juguet cómich en un</i>                                                                                                           |      |

|                                                                                                                                                                           |      |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| acte y en vers. 2. <sup>a</sup> edició. . . . .                                                                                                                           | 1'00 |
| <b>Vuyts ynous.</b> —Ab lo <i>retrato</i> del autor . . . . .                                                                                                             | 0'50 |
| <b>Un cap-más.</b> —Juguet cómich en un acte y en vers. . . . .                                                                                                           | 1'00 |
| <b>20 minuts de broma.</b> —Un tomet que conté dos monólechs representables titolats: <i>¡Tres micos!</i> y <i>Un cessant</i> . 2. <sup>a</sup> edició ilustrada. . . . . | 0'50 |
| <b>Lo pot de la confitura.</b> —Colecció de poesias. . . . .                                                                                                              | 0'50 |
| <b>La Exposició Universal.</b> —Humorada agre-dolsa, en vers, 2. <sup>a</sup> edició. . . . .                                                                             | 0'50 |
| <b>Cura de cristiá.</b> —Juguet cómich en un acte y en vers. (En colaboració ab J. Roca y Roca) . . . . .                                                                 | 1'00 |
| <b>Guia cómica de la Exposició Universal.</b> —Un tomo de unas 100 páginas, ab un plano y varios dibuixos. . . . .                                                        | 1'00 |
| <b>L'amor es cego.</b> —Juguet cómich en un acte y en vers . . . . .                                                                                                      | 1'00 |
| <b>Una casa de dispesas.</b> —Juguet cómich en un acte y en vers . . . . .                                                                                                | 1'00 |
| <b>Cansóns de la flamarada.</b> —Un tomo de 128 páginas. . . . .                                                                                                          | 1'00 |
| <b>La primera nit.</b> —( <i>Impressions de un nuvi</i> ). 3. <sup>a</sup> edició ilustrada . . . . .                                                                     | 0'50 |
| <b>Lo dia que 'm vaig casar.</b> —( <i>Impressions de una nuvia</i> ). 2. <sup>a</sup> edició                                                                             |      |



|                                                                                                                                                |      |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| ilustrada . . . . .                                                                                                                            | 0'50 |
| <b>Ensenyansa superior.</b> —Juguet<br>cómich, en un acte y en vers. . . . .                                                                   | 1'00 |
| <b>Drapets al sol.</b> —Escándol humoris-<br>tich ilustrat. 2. <sup>a</sup> edició. . . . .                                                    | 0'50 |
| <b>Quinze dias á la lluna.</b> —Gatada<br>en vers, ilustrada. . . . .                                                                          | 0'50 |
| <b>Ni la teva ni la meva.</b> —Comedia<br>en tres actes y en vers. . . . .                                                                     | 2'00 |
| <b>Un viatge de nuvis.</b> —Humorada<br>en vers, ilustrada, 2. <sup>a</sup> edició. . . . .                                                    | 0'50 |
| <b>¿Quina dona vol vosté?</b> —Hu-<br>morada en vers, 2. <sup>a</sup> edició ilustrada. . . . .                                                | 0'50 |
| <b>Lo primer dia.</b> Juguet cómich-li-<br>rich, en un acte y en vers. . . . .                                                                 | 1'00 |
| <b>Art de festejar.</b> —Catecisme amorós,<br>en vers, ilustrat per M. Moliné, 2. <sup>a</sup> edició . . . . .                                | 0'50 |
| <b>Guia del Conquistador.</b> —Segona<br>part del <i>Art de festejar</i> , ilustrat per<br>M. Moliné. . . . .                                  | 0'50 |
| <b>¿Colón ó Carnestoltas?</b> —Ensa-<br>rtonada cómica municipal, feta pel Ajun-<br>tament de Barcelona, ilustració de M. Mo-<br>liné. . . . . | 0'50 |
| <b>¡A baix lo existent!</b> —Disbarat có-<br>mich en vers. . . . .                                                                             | 1'00 |
| <b>Lo Marqués del Carquinyoli.</b><br>—Juguet cómich. . . . .                                                                                  | 1'00 |
| <b>Una aventura de amor.</b> —Ilus-<br>trada per M. Moliné. . . . .                                                                            | 0'50 |

|                                                                                                       |      |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| <b>Pelegrins á Roma.</b> —Viatje bufotrágich en vers, ilustrat, 2. <sup>a</sup> edició . . .          | 0'50 |
| <b>¿Per qué no 's casan los homes?</b> —Humorada en vers, ilustrada, 2. <sup>a</sup> edició . . . . . | 0'50 |
| <b>¿Per qué no 's casan las donas?</b> —Humorada en vers, ilustrada, 2. <sup>a</sup> edició. . . . .  | 0'50 |
| <b>Jesús María Joseph!</b> —Juguet cómich en un acte y en vers . . . . .                              | 1'00 |
| <b>La salsa del amor.</b> —Colecció de poesías. . . . .                                               | 0'50 |
| <b>Lo mon per un forat.</b> —Humorada en vers, ilustrada . . . . .                                    | 0'50 |
| <b>¿Cóm se pesca un marit?</b> —Humorada en vers ab dibuixos de M. Moliné. . . . .                    | 0'50 |
| <b>De la Rambla á la manigua.</b> —Aventuras d' un reservista, ilustradas. . . . .                    | 0'50 |
| <b>Blanchs y negres ó la qüestió de Cuba.</b> Dibuixos de M. Moliné. . . . .                          | 0'50 |
| <b>Un casament á proba.</b> Humorada en vers, ilustrada. 2. <sup>a</sup> edició. . . . .              | 0'50 |

---

# SINGLOTS POÈTICHS

De D. Serafi Pitarra

Nova edició de luxe, en octau, ab profusió de  
ninots

|                                                             | <u>Pessetas</u> |
|-------------------------------------------------------------|-----------------|
| La butifarra de la llibertat, original en un acte . . . . . | 0'50            |
| La Esquella de la Torratxa, parodia en dos actes . . . . .  | 0'50            |
| Lo cantador, parodia en dos actes. . . . .                  | 0'50            |
| Lo castell del tres dragons, original en dos actes. . . . . | 0'50            |
| ¡Cosas del oncle! original en un acte. . . . .              | 0'50            |
| Ous del dia, parodia en dos actes. . . . .                  | 0'50            |
| Las píldoras de Holloway, original en un acte. . . . .      | 0'50            |
| Si us plau per forsa, original en dos actes. . . . .        | 0'50            |
| Un mercat de Calaf, original en dos actes. . . . .          | 0'50            |
| Un barret de riallas, original en un acte. . . . .          | 0'50            |

Poesetas

|                                                             |      |
|-------------------------------------------------------------|------|
| La venjansa de la Tana, parodia en un acte                  | 0'50 |
| La vaquera de la piga rossa, parodia en dos actes . . . . . | 0'50 |
| Las carbassas de Monroig, original en dos actes . . . . .   | 0'50 |

## Próxims á reimprimirse per estar agotats

|                                                           |      |
|-----------------------------------------------------------|------|
| L' Africana, parodia d' aquesta magnífica ópera . . . . . | 0'50 |
| La mort de la Paloma. . . . .                             | 0'50 |
| Lo punt de las donas, joguina en dos actes.               | 0'50 |

## Próxims á acabarse. — Edició en quart

|                                                                   |      |
|-------------------------------------------------------------------|------|
| Lo boig de las campanillas, joguina en un acte . . . . .          | 0'25 |
| Líceistas y cruzados, original en dos actes.                      | 0'25 |
| En Joan Doneta, original en un acte. . . . .                      | 0'25 |
| Los Héroes y las grandesas, original en dos actes. . . . .        | 0'50 |
| L' últim Trencalós, original. . . . .                             | 0'25 |
| Faust, parodia de aquesta magnífica ópera.                        | 0'25 |
| Il Profeta, parodia de aquesta magnífica ópera . . . . .          | 0'25 |
| Grá y palla, paper per matar ratos, colección de poesías. . . . . | 0'50 |

---

## ALTRAS OBRAS DEL TEATRO CATALÁ

De Eduart Aulés

Pessetas

|                                                          |      |
|----------------------------------------------------------|------|
| Cinch minuts fora del mon, original en un acte . . . . . | 0 50 |
| Lo diari ho porta, joguina en un acte. . .               | 1'00 |
| Tres blanchs y un negre, original en un acte.            | 0'50 |
| Cel rogent, original en un acte. . . . .                 | 1'00 |
| Cap y cua, original en un acte . . . . .                 | 1'00 |
| ¡Tot cor! original en un acte. . . . .                   | 1'00 |
| Per no mudarse de pis, original en un acte.              | 1'00 |

De Joseph Roca y Roca

|                                                                                                                                                               |      |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| ¡Mal pare!, drama en quatre actes. . . .                                                                                                                      | 2'00 |
| Lo bordet, drama original en tres actes .                                                                                                                     | 2'00 |
| Lo plet d' en Baldomero, comedia en tres<br>actes . . . . .                                                                                                   | 2'00 |
| Passió política, tragi-comedia satirica his-<br>tòrica, en 4 actes y 11 cuadros, escrita<br>per los Srs. Real y Roca, ilustrada ab<br>17 caricaturas. . . . . | 0'50 |

**De D. Pau Bunyegas**

Una noya es per un rey, original en 1 acte. 0'25

**De dos gats dels frares**

Antany y enguany, revists en un acte. . 0'25

**De D. Joseph M. Arnau**

Un pollastre aixelat, original en un acte . 1'00

Al altre mon, original en dos actes. . . 1'50

Las atmetllas d' Arenys, original en 1 acte. 1'00

Un embolich de cordas, original en 2 actes. 1'50

**De D. Lleó Fontova**

La por guarda la vinya, original en 1 acte. 0'50

**De D. Frederich Soler**

La sabateta al balcó, original en dos actes. 1'50

La Urbanitat, original en dos actes. . . 2'00

**De D. Emili Vilanova**

Las bodas d' en Círiolo, original en un acte. 1'00

¡Qui... compra maduixas! original en un  
acte. . . . . 1'00

Oriental. Los moros contrapuntats, origi-  
nal en un acte. . . . . 1'00

L' ase del hortolá, original en un acte. . 1'00

A casa l' alcalde, original en un acte. . 1'00

La viuda, original en un acte. . . . . 1'00



## OBRAS DE VARIOS AUTORS

|                                                                                                                                                                                   | <u>Pessetas</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| <b>Nits de lluna</b> , aplech de poesias de Frederich Soler ( <i>Pitarra</i> ), ab dibuixos de J. Lluís Pellicer, 1 tomo en 8. <sup>o</sup> . . .                                 | 2'00            |
| <b>Poesias festivas y satiricas</b> , del <i>Rector de Vallfogona</i> , ab dibuixos de Pellicer Montseny, 1 tomo en 8. <sup>o</sup> . . .                                         | 2'00            |
| <b>Poesias serias</b> , del <i>Rector de Vallfogona</i> , 1 tomo en 4. <sup>o</sup> . . . . .                                                                                     | 1'00            |
| <b>Cansóns ilustradas</b> , per <i>Apeles Mestres</i> , acompanyadas algunas d'ellas ab música autografiada, de Joseph Rodoreda, 1 tomo en 8. <sup>o</sup> ab molts dibuixos. . . | 3'00            |
| <b>Carn y ossos</b> . Baralla entre la vida y la mort. Obra en vers original de <i>S. Gomila</i> , ab dibuixos de F. Gómez Soler, 1 quadern en 8. <sup>o</sup> . . . . .          | 0'50            |
| <b>En Joanet y en Lluiset</b> , parodia de D. Juan Tenorio, per <i>Sanall y Serra</i> , 1 tomet en quart, ab dibuixos de Gómez                                                    |                 |

|                                                                                                                                                                                                 |      |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Soler. . . . .                                                                                                                                                                                  | 0'50 |
| <b>La direcció del globó</b> , per <i>Sanall y Serra</i> , 1 tomet ab quart, ab dibuixos de Moliné. . . . .                                                                                     | 0'50 |
| <b>Cuentos de la vora del foch.</b> per <i>Frederich Soler</i> (Serafi Pitarra). Edició ilustrada per M. Moliné, ab una preciosa cuberta al cromo, 1 tomo en 8. <sup>o</sup> . . . . .          | 2'00 |
| <b>Cuentos del avi</b> , per <i>Frederich Soler</i> (Serafi Pitarra). Edició ilustrada per M. Moliné, ab una magnífica cuberta al cromo, 1 tomo en 8. <sup>o</sup> . . . . .                    | 2'00 |
| <b>Lo Romiatje de l' ànima.</b> — Poema de <i>D. Victor Balaguer</i> , ab la traducció castellana, 1 tomo en quart. . . . .                                                                     | 1'00 |
| <b>Pequeñeces catalanas.</b> — <i>Menuencias</i> , pèl Pare <i>A. March</i> , de la companyia de «La Esquella de la Torratxa» ab dibuixos de Mossen M. Moliné (2. <sup>a</sup> edició). . . . . | 0'50 |
| <b>Colón</b> , viatjes, descobriments, ultratjes y sufriments, per C. Clarís. . . . .                                                                                                           | 0'50 |



## La Campana de Gracia

Senmanari satírich ilustrat, lo mes antich y popular d' Espanya (5 céntims de pesseta 'l número).—**Preu de suscripció:** *Cada trimestre:* Espanya, pessetas 1'50; Cuba, Puerto Rico y Filipinas, 2; Estranger, 2'50.

---

## La Esquilla de la Torratxa

Senmanari humorístich y literari, ilustrat ab profusió de grabats (10 céntims de pesseta 'l número).—**Preu de suscripció:** *Cada trimestre:* Espanya, Ptas. 3; Cuba, Puerto Rico y Filipinas, 4; estranger, 5.

---

Als que desitjin ocupar-se de la expendició de aquests periódichs, ab un avis se 'ls enviarán condicions.

---

# Barcelona á la vista

ALBUM DE FOTOGRAFÍAS

DE LA

Capital y sus Alrededores

192 VISTAS

Un tomo apaisado con una elegante y alegórica encuadernación.

---

NUESTROS MILITARES

POR

**FRADERA**

Album militar con 24 láminas al cromo.

**Ptas. 1'50**

---

REVISTA DE COMISARIO

ALBUM DE GÉNERO MILITAR

POR **FRADERA**

**Ptas. 1'50**













